

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bayli-Bailliere, Ouesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

TELEGRAMAS.

SOUTHAMPTON, 12.—El sucesor del general Pareja en el mando de la escuadra española del Pacífico ha levantado el bloqueo de Coquimbo, concentrando sus fuerzas en Valparaíso y Caldera.

El dictador del Perú, Prado, ha declarado al representante de Chile que el conflicto entre España y Chile era una cuestión en su origen exclusivamente peruana.

LONDRES, 12.—Las últimas noticias de Valparaíso son del 2 de Enero y no ofrecen novedad alguna.

Las fuerzas navales españolas se habían concentrado en los puertos de Valparaíso y Caldera.

En Lima habíase producido grande y honda sensación la nueva del suicidio del general Pareja, ocasionando la suspensión de la declaración de guerra a España.

El 12 de aquel mes debió cangearse en Lima el tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el Perú y Chile.

PARIS, 12.—Hoy, al cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza a 213; el 3 por 100 portués a 45 1/2; el cambio sobre Lisboa a 540; el 5 por 100 italiano a 61 00; el crédito territorial francés a 1,310; el crédito mobiliario francés a 753; el español a 400; el ferro-carri de Sevilla a Jerez a 00, y el del Norte de España a 163.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español a 34 1/2, y en Amberes a 34 0/0.

FLORENCIA, 12.—Las noticias recibidas del Véneto anuncian que la municipalidad de Venecia ha hecho su dimisión, habiendo rehusado pagar los subsidios impuestos por el Gobierno austriaco al teatro de dicha ciudad.

PARIS, 13.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, a 00 0/0; el exterior, a 40 1/4; la diferencia, a 00 0/0; la amortizable, a 00 0/0; el 3 por 100 francés, a 68-95, y el 4 1/2 a 98-05.

LONDRES, 13.—Los consolidados ingleses quedaban de 87 3/8 a 12.

La *Gaceta Oficial del Reino de Italia*, en el número de 9 de Febrero, publica en francés el texto del despacho dirigido por el general Lamarmora, ministro de Negocios extranjeros y presidente del Consejo, al señor marqués de Tagliacarne, representante del Rey Víctor Manuel en la corte de Madrid.

Hé aquí la traducción de ese documento que llega a última hora a nuestras manos:

FLORENCIA, 5 de Febrero de 1866.

Señor ministro: Cuando el Gobierno español tuvo a bien reanudar sus relaciones con Italia, las francas explicaciones que acababan de mediar entre los dos Gabinetes, me habían hecho creer que el Gobierno de S. M. la Reina y el de S. M. el Rey se habían entendido, y esperar que no habría necesidad de abrir nuevas discusiones sobre un asunto del cual nosotros habíamos puesto tanto cuidado en descartar toda ambigüedad. Gran valor han tenido siempre a nuestros ojos las buenas relaciones de Italia y España, y yo he tenido ocasión hace poco de manifestar al Senado del reino el sentimiento con que habían sido interrumpidas. Durante el período de interrupción, Italia se abstuvo de suscitar embarazo alguno al Gobierno de la Reina y de favorecer ningún acto hostil, ora contra su administración interior, ora contra su acción en el exterior.

Por una consecuencia natural de estas buenas disposiciones de nuestra parte, la resolución espontánea anunciada por el Gabinete de Madrid de entenderse con Italia, fué acogida por nosotros como un acontecimiento feliz para el porvenir de ambos países. Sin embargo, juzgué indispensable que esta amistad tuviera lugar por ambas partes con pleno conocimiento de causa; y como la mención de la Convención de 15 de Setiembre hecha por S. E. el señor ministro de Estado, me ofrecía ocasión de prevenir desde luego toda mala inteligencia sobre el único punto la cuestión romana, que parecía poder dividirse, me expliqué categóricamente con el Gobierno de S. M. Católica.

He declarado sin rodeos en un despacho cuya copia tuvo el honor de entregar el barón Cavalchini al ministro de Estado de la Reina, de que el Gobierno del Rey no reconocía a las potencias Católicas: el derecho de pedirle explicaciones en nombre de los intereses religiosos, de los cuales no se trata. He dicho asimismo que la situación política establecida entre Italia y Francia por el Convenio de 15 de Setiembre de 1864, del mismo modo que las cuestiones a que pueda dar lugar la interpretación y la ejecución de este tratado, no conciernen a ninguna otra potencia más que a aquellas.

Por un despacho del 12 de Julio, dirigido al encargado de Negocios de España en Florencia, S. E. el Sr. Bermúdez de Castro nos hizo saber que el Gobierno de S. M. la Reina aceptaba aquellas declaraciones de las que quedaba satisfecho, cosa que S. E. el general O'Donnell confirmó expresamente al encargado de Negocios de Italia.

Después de esta declaración las relaciones ordinarias fueron restablecidas entre el Gobierno español y el Gobierno del Rey.

Teníamos por lo tanto fundamento para creer que el Gobierno español se abstendría por completo de mezclarse en las cuestiones políticas y de territorio que él había reconocido serle extrañas. Así es que no he podido menos de sorprenderme al leer en los documentos diplomáticos que el Gobierno de Madrid acaba de publicar, en que este ha creído poder hacer,

con relación a los asuntos de Roma, ciertas gestiones, que no me parecen de acuerdo con las declaraciones que me he visto obligado a recordar.

Según lo que me parece que se desprende de la colección presentada a las Cámaras españolas, el Gobierno de S. M. la Reina ha pedido que el Gobierno francés le diese la seguridad de que el poder temporal de la corte de Roma, quedaría en todo evento asegurado, aun contra las consecuencias de sus propios actos; y sin tomar para nada en cuenta el voto de los pueblos, el Gobierno y los agentes de la Reina afirman que todas las Potencias tienen como tales el derecho y el deber de tomar medidas y de proceder conforme a los cambios políticos que pudieran originarse en el territorio romano después del abandono de este por las tropas francesas; se desprende también, que habiendo creído el embajador español en París que la Francia podría admitir la intervención de otras naciones en la cuestión romana, y ponerse de acuerdo con España para garantizar la autoridad temporal de la Santa Sede, S. E. el Sr. Bermúdez de Castro le ha encargado que tome a parte que le sea posible en las resoluciones que pueden tomarse al efecto.

Por último, el Gobierno español cree poder interpretar las palabras pronunciadas en el Cuerpo legislativo de Francia, como constituyendo por parte del Gobierno imperial un compromiso para con las Potencias católicas y a favor de estos un título, en cuya virtud la cuestión romana en ciertas eventualidades no previstas en el Convenio de Setiembre, y a pesar del cumplimiento íntegro del mismo por Italia, sería una cuestión europea que entraría en la competencia de toda la cristiandad. Dijo a cargo de S. E. el Sr. Bermúdez de Castro, si, como supongo, cree conveniente hacerlo, el indicar de qué manera puede combinarse esta conducta del Gobierno español con las declaraciones que han acompañado al restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos Estados. Por mi parte, persisto en creer inoportuno el emitir mi opinión acerca de las eventualidades que han sido objeto de negociaciones sin resultado, en las que nosotros no teníamos por qué intervenir, entre SS. EE. el embajador de España en París y Mr. Drouin de Lhuys.

Sin embargo, no puedo menos de protestar en principio contra las gestiones del Gobierno de S. M. la Reina que acaban de hacerse públicas, porque arrancan de una doctrina que es la negación de nuestro derecho público, y según la cual el territorio y la población de Roma están sujetos a una especie de amortización en provecho del Catolicismo, y porque prejuzgan una prueba cuyo resultado debe depender de aquellos pueblos.

Os encargo, pues, señor ministro, que recuerdeis de nuevo a S. E. el Sr. Bermúdez de Castro en nombre del Gobierno del Rey, que si el convenio de 15 de Setiembre, respetando el principio de no intervención, ha sometido sin embargo a condiciones determinadas la aplicación del mismo al territorio romano, esas condiciones se refieren exclusivamente a la Francia y a nosotros; declarareis que por consiguiente, con respecto a las demás Potencias, su no intervención en los negocios políticos de Roma queda reducida pura y simplemente al principio a que se ajusta invariablemente la conducta de Italia.

Me he limitado en las declaraciones que preceden a apreciar la conducta de España bajo el punto de vista de los derechos respectivos de las dos naciones. A ellas tendría que añadir algunas observaciones acerca del carácter poco benévolo del lenguaje y de los actos del Gabinete de Madrid para con Italia, si no atendiese a conservar en toda su extensión la independencia recíproca que los dos Gabinetes han querido mantener intacto al reanudar sus relaciones. Sin renunciar, entendiéndose bien, a manifestar sus apreciaciones particulares acerca del convenio de Setiembre, apreciaciones que no debíamos tener en cuenta, y sin dejar de demostrar su solicitud por el padre común de los fieles y por los intereses religiosos que no tenemos en menos que él, el Gabinete de Madrid hubiera podido, siguiendo nuestro ejemplo, dar más lugar en sus demostraciones a las simpatías que llevan consigo la comunidad de origen y la semejanza de instituciones de los dos pueblos. No quiero con todo insistir en los sentimientos de amistad que el Gabinete de Madrid nos ha demostrado en otras ocasiones.

No pretendo en manera alguna cohibir la libertad de sus consideraciones acerca de la cuestión romana. Podría observar a este propósito que si el Gabinete de Madrid puede apreciar como le plazca la influencia que la política de la corte romana ha ejercido en los destinos de España, nosotros somos ciertamente los mejores jueces de los sucesos de nuestra propia historia, en los que, después de algunos siglos, los católicos italianos han aprendido a deplorar los males que la confusión de los poderes temporal y espiritual ha causado en Italia a los intereses de la patria y al prestigio de la Religión. Pero no quiero seguir a S. E. el Sr. Bermúdez de Castro en un terreno en que siento que él mismo se haya colocado.

No puedo, sin embargo, pasar en silencio una nota dirigida el 8 de Noviembre último al embajador de España en Roma, en la que S. E. el Sr. Bermúdez de Castro manifiesta la esperanza de que algunas provincias que actualmente forman parte del reino de Italia puedan separarse en lo sucesivo.

Contra tal manifestación, señor ministro, debéis protestar formalmente ante S. E. el señor ministro de Estado de la Reina. Italia tenía derecho quizá a esperar otras consideraciones, y S. E. el Sr. Bermúdez de Castro nos permitirá que le digamos, que dar cabida a semejantes previsiones, como él ha creído poderlo hacer, es conocer poco los fundamentos incontestables en que se basa nuestra unidad nacional y la firme resolución en que estamos de hacerla respetar.

Os encargo, señor ministro, que deis lectura de este despacho a S. E. el Sr. Bermúdez de Castro, dejando una copia del mismo si lo desea.

Recibid, etc.

LAMARMORA.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 14 DE FEBRERO DE 1866.

EL PRESBITERO SR. CASTRO en la Academia de la Historia.

ARTÍCULO VII.

«Nuestra es, a no dudarlo, la iniciativa de una vida cristiana, en armonía con las ocupaciones de cada estado. Y en virtud de esa ley de desenvolvimiento progresivo a que se presta el Catolicismo, y que tan exactamente supo definir Vicente de Lerins en su *Compendio*, el ideal de la virtud para las personas del siglo no fué ya el monaquismo con sus rigores y austeridades, sino la Iglesia de Dios, como Madre, con sus misericordias y consolaciones. Ni el mundo se tuvo ya por una tierra de maldición sometida al imperio de Satanás, sino por la obra digna de Dios para la santificación del hombre; ni se consideró la naturaleza enemiga del espíritu, ni la ciencia, en absoluto, fué vanidad y locura; y la vida laical principió a tenerse por tan santa y tan honrada como la claustral. Y sin dejar de respetar y admirar, según es debido, la manera contemplativa de servir a Dios, aspirando a mayor perfección religiosa, se introdujo en la sociedad una virtud menos abstracta e inaccesible que la formulada en la Edad media, a fin de que el modelo de la vida cristiana para la generalidad de los fieles no consistiese en querer hacer cosas singulares y de elevadísima perfección, sino en practicar sinceramente con perseverancia y piadosa intención, además de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y las obras de misericordia, las obligaciones comunes y ordinarias de cada uno, según su clase y profesión. Tal es el ideal que en el siglo XVI inició la Iglesia española para la uniformidad y reforma de las costumbres. Conforme a él, y para alivio de las dolencias y miserias humanas, produjo instituciones semejantes a la de San Juan de Dios y San José Calasanz, con una tendencia propiamente social; contribuyó a extender entre las demás naciones católicas ese mismo espíritu cristiano; a que San Francisco de Sales concibiese bajo idéntico plan su *Introducción a la vida devota*, y San Vicente de Paul su congregación caritativa, obra la más humana que en favor de la orfandad ha concebido el Catolicismo.»

Así concluye (págs. 58 y 59) la tercera parte del *Discurso* del Sr. Castro, y para analizar los errores contenidos en el trozo que acabamos de copiar, se necesitaría un folleto de mayor volumen que el mismo *Discurso*.

En efecto, apenas hay en este párrafo frase que no sea tachable, y todo él parece que está destilando ponzoña de peligrosísima doctrina.

Nuestra es, a no dudarlo, la iniciativa de una vida cristiana en armonía con las ocupaciones de cada estado. Y más abajo añade, insistiendo en el mismo yerro: «Tal es el ideal que en el siglo XVI inició la Iglesia española para la uniformidad y reforma de las costumbres.»

Imposible parece que estas palabras hayan sido escritas por un sacerdote católico, y a católicas además, que en ámbos conceptos tiene obligación de saber lo que dice y de no decir nada contrario a la doctrina de la Iglesia.

Si España en el siglo XVI tomó la iniciativa de una vida cristiana en armonía con las ocupaciones de cada Estado, esta vida iniciada por la Iglesia de España es una *novedad* en toda la Iglesia, pues si no fuere *novedad*, ya esa vida la habría iniciado otro que la Iglesia de España: la iniciativa de esa vida no sería ya de la Iglesia española. Ahora bien, ¿qué calificación merece el aserto de que una vida cristiana en armonía con las ocupaciones de cada Estado es una *novedad* introducida en el siglo XVI, por la Iglesia de España?

No lo calificaremos nosotros: que ni tal es nuestro propósito, ni nuestra incumbencia. Nos contentaremos con afirmar que la iniciativa de una vida cristiana en armonía con las ocupaciones de cada Estado se debe al divino Fundador de la Iglesia, es tan antigua como la Iglesia; está ya desenvuelta en el ejemplo evangélico de María y María y en las Epístolas de San Pablo, que dan consejos admirables para todas las clases sociales, hasta para los siervos.

La Iglesia, desde los tiempos más remotos, desde los primeros siglos del cristianismo, ha puesto en los altares Santos de todos estados, cuyas vidas eran modelos de casados, de vi-

dos, de militares, de Reyes, de Sacerdotes, de amos y sirvientes. La iniciativa de esta vida no es nuestra, por consiguiente, sino de Jesucristo, y si hubiera sido nuestra habríamos corregido (como sacrilegamente ha dicho de Fichte un catedrático de la Universidad central) la moral de Jesucristo.

Lo dañino de esta aserción consiste, pues, en dar aire de novedad en la Iglesia a una excelencia y perfección nacida con el cristianismo.

Y en virtud de esa ley de desenvolvimiento progresivo a que se presta el Catolicismo... el ideal de la virtud para las personas del siglo, no fué ya el monaquismo con sus rigores y austeridades, sino la Iglesia de Dios, como Madre, con sus misericordias y consolaciones.

El Catolicismo, esto es, la Religión cristiana no es perfectible, según pretenden los protestantes para justificar sus variaciones de doctrina y culto, y no es perfectible en cuanto al dogma y la doctrina, en cuanto a los sacramentos y al sagrado ministerio, por la sencilla razón de que es una Religión perfecta, como fundada por Dios. Los protestantes añaden que no es sorprendente ver en la Religión cristiana cambios progresivos que son la consecuencia necesaria de su constitución.

«La Religión de Jesucristo, les contesta el Abate Barran, no es perfectible en el sentido en que lo entienden en el día algunas sectas protestantes, y así desaparece como reprobada y criminal esta facultad incesante de modificaciones, que no obstante es la consecuencia necesaria, visible del sistema del examen privado y de la inspiración individual.»

La moral puede ser perfeccionada en la práctica, el culto puede tener más esplendor, cabe más claridad en la exposición de la doctrina y en este sentido pueda hablarse del desenvolvimiento progresivo a que se presta el Catolicismo. Pero ¡cuidado! que el Catolicismo no se prestará jamás a esa ley de desenvolvimiento progresivo, fundada en innovaciones. ¡Cuidado!, que no cabe progreso con innovaciones dentro del Catolicismo! Y como el Sr. Castro, inmediatamente después de habernos dicho con error evidente y dañino que es española la iniciativa de la vida cristiana en armonía con las ocupaciones de cada estado, nos habla de la ley del desenvolvimiento progresivo a que se presta el Catolicismo, pudiera creerse por los que sólo de oídas conocen el *Compendio* de Vicente de Lerins, que el Catolicismo progresa con novedades, que cambia como si fuese institución humana, que es el error de los protestantes.

En cuanto a las frases últimas del período que hemos vuelto a copiar, son también sospechosísimas, a pesar del cuidado que tiene el autor de envolver su pensamiento en falas de sentido común.

En efecto, ¿qué quiere decir el Sr. Castro al afirmar que el ideal de la virtud para las personas del siglo fué la Iglesia de Dios? ¿Cuándo se ha usado nunca semejante lenguaje por escritores católicos? ¿Ignora el Presbítero y catedrático, autor del *Discurso*, quién es la Iglesia? ¿Y cuándo, de una sociedad como la Iglesia, se ha dicho que es el ideal de la virtud? La Iglesia es santa y todas sus obras, todas sus acciones tienen que serlo, pero el modelo de la vida cristiana, no es una sociedad: el dechado de toda perfección es Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Dios que se hizo hombre por nos redimir y dar ejemplo de vida.

La intención del párrafo es evidente. En él se quiere oponer la idea de la Iglesia de Dios, como madre, con sus misericordias y consolaciones, a la idea del monaquismo con sus rigores y austeridades.

Aquí está la intención de la frase, y aquí también su veneno.

El monaquismo con sus austeridades y rigores es institución de la Iglesia, es hijo de esa madre amorosísima de misericordias y consolaciones, y no hay ese contraste que busca el autor entre las consolaciones y misericordias y los rigores y austeridades del monaquismo, porque todas nacen de un mismo corazón, todas concurrán a un mismo fin, que es nuestra verdadera y única felicidad digna de este nombre.

La vida del monje es la vida cristiana elevada a su mayor perfección, es la vida de los consejos evangélicos. La forma exterior de la vida monástica no es para todos: pero las gentes del siglo también pueden practicar las virtudes monásticas, y se puede nadar en la abundancia y ser tan pobre de corazón, tan dasado de las riquezas como un monje de la Trapa. Esto no es de ahora, ni del siglo XVI, ni de la Iglesia española exclusivamente, sino de todos tiempos, desde Jesucristo acá, de toda Iglesia ortodoxa.

Por lo demás, conviene no olvidar que si la Iglesia como Madre de misericordias y consolaciones ha recibido de Jesucristo la potestad de des-

atar, del mismo Divino Señor tiene la potestad de atar, y que la misma mano misericordiosamente tendida sobre la cabeza de la adúltera, es la que empuña el látigo para arrojar del templo a los mercaderes que lo profanaban.

Pero el error que aquí se insinúa, percíbese con más claridad en el siguiente párrafo que examinaremos en nuestro próximo artículo, ya que la falta de espacio nos obliga hoy a suspender nuestra tarea.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

Algunos periódicos unionistas mal avenidos con las palabras del Sr. Cánovas que copiamos días pasados, descargan su ira contra nosotros por haber contribuido a que fuesen conocidas del público las francas confesiones del señor ministro de Ultramar.

Valiéramos más a dichos periódicos dejarnos en paz y habérselas si pueden con el Sr. Cánovas, quien textualmente dijo en el Senado que había que optar entre la perdición completa y la represión absoluta, y que esta sólo se había conocido en España en los tiempos de la Inquisición en su apogeo.

Dejen, pues, a un lado los diarios a que nos referimos vanas declamaciones; y en vez de hacer el *bú* hablándonos de los hábitos, asadores y parrillas del Santo Oficio, hagan el suyo, reconociendo que se han extralimitado, y que el ministro, en efecto, expuso doctrina acertada y corriente, al indicarnos claramente que sólo la Inquisición en su apogeo puede salvar a España del cataclismo que le amenaza.

El Sr. Navarro Villoslada ha pedido esta tarde la palabra con objeto de excitar a la comisión de actas a que presente dictamen sobre la del Sr. Sanchez Asso, diputado electo por Navarra; pero el presidente no se la ha concedido, por haberse suspendido las sesiones a causa del fallecimiento del Infante D. Francisco de Asís Leopoldo.

Desde el 14 de Enero en que la comisión retiró el dictamen referente al Sr. Sanchez, está en suspenso este asunto.

Los moderados del Congreso han presentado una proposición sobre el reconocimiento del consabido reino, con objeto de no votar la enmienda de los diputados católicos y sincerarse ante los electores por esta falta.

La mayoría del Congreso se opone a que se discuta, y el presidente de la Cámara es de contraria opinión.

Comienza, pues, a bosquejarse otra disidencia como la de los famosos proyectos del Senado.

Allá veremos.

La *Correspondencia* publica anoche las siguientes líneas:

«Noticias respetables que hemos recibido hoy, y que confirmamos las dadas por la prensa ministerial de París, nos permiten tranquilizar completamente al comercio español.

En todo el Océano no hay un sólo corsario chileno; los dos buques que están en el Escut y Cherburgo son peruanos; y aun cuando saliesen de ahí, poco probable por ahora, y hubiese un rompimiento entre España y el Perú, sin duda se apresurarían a ir al Pacífico.

Es falso que se hayan estado armando en Glasgow para Chile dos corsarios. Allí hay dos buques de guerra que fueron sospechosos; pero están intervenidos por el Gobierno inglés, que tiene a bordo de ellos dos oficiales de aduanas para en caso impedir su armamento y salida. Esos buques es casi seguro serán adquiridos por el Páchi de Egipto para servir de avisos en el Mar Rojo.

En Inglaterra no hay dinero chileno para adquirir buques de guerra ni corsarios. La prensa, que ha publicado noticias falsas, inventadas intencionalmente por enemigos de España y del Gobierno, y quizás por interesados en compañías de seguros, debe estar muy prevenida y no publicar aquello que no puedan probar sea cierto.

«La carta atribuida al general Pareja por el periódico inglés el *Times*, que reproducen los periódicos franceses, carta en que el jefe de la escuadra del Pacífico se acusa de haber dado informes equivocados al Gobierno español, y aconseja a este una pronta paz con la República de Chile, es supuesta, inventada y digna del mayor desprecio.

Podemos asegurar de la manera más terminante, que semejante carta es completamente apócrifa, y así ha recibido encargo de declararlo en los periódicos de Londres el ministro de España en aquella corte.»

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono concluye en 28 del presente mes, se servirán renovarlo oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo ó certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envien en carta certificada.

DOCUMENTO PARLAMENTARIO.

Tomado del *Diario de las Sesiones*, insertamos á continuación el discurso del señor marqués de Vaamonde. Bien lo merece por su elocuentísima defensa de la Santa Sede y de los derechos de la Iglesia. Unicamente suprimimos la parte en que el ilustre senador hizo la apología del partido moderado, porque ni nos parece justa, ni con ella debemos ocupar las columnas de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

El señor marqués de VAAMONDE: Señores senadores: desventajosa es mi situación en el día de hoy al tener que usar de la palabra después de tantos y tan elocuentes oradores como han agotado este debate. Reconozco que hasta cierto punto es en mí una temeridad el hablar después del cansancio que naturalmente hay en esta Cámara, y cuando en realidad poco nuevo puede decirse después de lo que han dicho tan elocuentemente los señores Corradi, Seijas, Arrazola y marqués de Miraflores. Pero, señores, hay cuestiones en la vida que aunque uno quiera no puede evitar; y se entra en ellas cuando se las esquivan.

Yo tenía pensado presentar una enmienda al dictamen de contestación al discurso de la Corona, bajo un punto de vista arreglado á mis opiniones, cuando llegó á mi noticia que con igual propósito tenía otra enmienda nuestro respetable y digno compañero el Sr. Huet. Entonces consideré un deber de delicadeza y de consideración retirar la mía y firmar la suya.

Esta enmienda ha parecido á los señores que han firmado la del Sr. Seijas que no debía discutirse, en atención á que esta última podría traer para la causa que defendemos todos mayor número de sufragios ó más votos. En esa situación, yo que no me propongo, señores, hablar en el día de hoy, ni aun por un espíritu de vanidad y de amor propio, sino por llenar mi deber, gustosísimo acepté la que el Sr. Huet había redactado.

Cuando el Sr. Seijas estimó oportuno esplanar su enmienda, con la elocuencia que le distingue, con el talento que yo me complazco en reconocerle como distinguido hombre de Estado y gran republicano, ha tenido por conveniente hacer una alusión á esa enmienda, manifestando que los Sres. Huet y Vaamonde opinaban de distinta manera, si no en el fondo, en la forma; y que creían que dentro de uno de los preceptos constitucionales se podía tratar la cuestión de Italia. Con franqueza lo digo, señores: grande ha sido mi sorpresa en aquel momento: jamás se me había ocurrido tratar la cuestión de Italia apoyándome en un precepto constitucional.

Si acaso los señores senadores no recuerdan, yo les recordaré que en 1860, cuando aun no se había suscitado la cuestión del reino de Italia en España, anunció en la otra Cámara una interpelección sobre este asunto. Entonces, como ahora, me he apoyado siempre al tratar esta cuestión en el punto de vista político moral, como no puede menos de tratarse después de lo que nuestro jefe espiritual ha manifestado en su alocución de 8 de Setiembre de 1860. No pedí entonces la palabra, porque siendo grande el respeto que me inspira esta Cámara, ya colectivamente, ya particularmente cada uno de los señores senadores, creí de mi deber aguardar á que me tocara el turno que había pedido en este debate.

Y ahora creo que debo dar algunas explicaciones sobre este hecho o para llevar al ánimo de los señores senadores el convencimiento de que el Sr. Huet y yo pensábamos concretarnos á la cuestión del poder temporal del Papa, que es lo que más afecta á los intereses de los católicos y á los de esta nación católica por excelencia. Esto, sin embargo de nuestro gran respeto y consideración á las dinastías que injustamente han sido lazaradas de sus Tronos legítimos, barreados los eternos principios del derecho internacional y acarreado grandes males que traerán para el futuro graves y lamentables consecuencias. Y en prueba de que lo que digo es cierto, voy á permitir-me leer al Senado, y ruego á los señores taquígrafos que tengan la bondad de anotarlo para que conste en el *Diario de Sesiones*, un párrafo de la enmienda. Decía lo siguiente:

«Por eso el Senado espera que el Gobierno de su majestad, reparando en lo posible con inteligencia y patriotismo el mal causado, inicie y siga una política tan franca, enérgica y eficaz como fuere menester, para procurar la reparación cumplida de las injusticias, conflictos y amarguras que han afligido y afligen al Santo y bondadoso Padre que por nuestra dicha ocupa la silla de San Pedro; el reintegro de los territorios de que ha sido injusta y violentamente despojado en daño del patrimonio de la Iglesia; la seguridad de una vez para siempre de que no han de dañarse los enemigos descubiertos ó disfrazados del Catolicismo, y el respeto y afianzamiento de la justicia, y la legitimidad en todas sus aplicaciones; una política, en fin, que si no halla correspondencia en otros Soberanos (como todavía cabe esperar de sus mismos intereses), tranquilice cuanto menos la inquietud de las conciencias de tantos millones de españoles que la reclaman; y afirmando ventajosamente la confianza de su Gobierno, atraiga las bendiciones del cielo sobre V. M. y Real familia.»

Este era nuestro propósito ni más ni menos. Última grande, señores, que el Sr. Huet el día que usó de la palabra en este sitio, por efecto de sus antiguos padecimientos ó, no pudiera hacerse cargo con la extensión que otros señores senadores de la alusión que se le hizo, y puedo asegurar, y lo digo con sinceridad y sin que esto sea efecto de la amistad que le profeso como amigo particular y político, que el Senado ha perdido un elocuente discurso, sobre esta materia.

Ahora, señores, desembarazado de esta alusión, que en parte también corresponde á la que en el día pasado me hizo el señor ministro de Estado, cumple á mi deber implorar vuestra benevolencia. ¿Qué digo vuestra benevolencia? muchísima indulgencia, mucha, porque aunque joven, el estado de mi salud está bastante quebrantado; indulgencia, porque el peso que he encomendado hoy á mis pobres fuerzas es muy superior á cuanto yo pueda decir y manifestar en este sitio.

Siendo, pues, consecuente con mis antecedentes en esta materia, he de decir que para mí la cuestión que nos ocupa tiene que ser tratada bajo el punto de vista político moral, porque el reconocimiento del reino de Italia, señores senadores, no ha tenido en mi opinión otra causa impulsiva más que la conciliación del orden moral y la debilidad política del gobierno, por no tener consolidado el orden material sobre el orden moral, de que tanto necesita este país, que tan per-

turbado está y tan próximo á grandes y tristes acontecimientos. La política que desde 1834 se viene siguiendo en este país no ha tenido otro objeto que mantener un orden material aparente, porque el verdadero asiento de ese orden material es el moral: el orden material no se obtiene; ni menos se consolida, con estados de sitio, ni con cañones, ni con fusilamientos; su verdadero asiento, como digo, está en el orden moral, que se ha descuidado y olvidado completamente en esta nación.

Pero, señores, para tratar yo la cuestión del reconocimiento de Italia, tengo por necesidad que echar una mirada retrospectiva á nuestra política desde 1833 hasta la fecha.

¿Y qué diré yo de esas juntas del Circo, que han espantado y horrorizado á todas las personas que quieren el orden, la seguridad del comercio, que quieren tranquilidad para los intereses materiales y morales del país?

Voy á permitirle leer á los señores senadores lo que entonces los dos partidos progresista y democrático, en diferentes días, han dicho en aquel sitio á ciencia y paciencia del Gobierno, sin que pudiese correctivo de ninguna clase. Decía el Sr. Castelar, y será muy breve, que hacía once años que estaba hablando y escribiendo, y que ya era necesario dejar de hablar y comenzar á escribir con tinta de sangre y plumas de hierro y de plomo. (Aplausos.)

Dijo que estamos en una época semejante á la de los franceses en tiempos de la Dubarry, y á la de los españoles bajo María Luisa (Prolongados aplausos.)

Dijo que era necesario liquidar las cuentas de Olivenza, Badajoz, Loja, y demás. (Aplausos frenéticos.)

Dijo que era preciso dar en tierra con todas las instituciones tradicionales y de carácter hereditario. (Prolongados gritos de ¡ahora mismo!)

Se burló de los progresistas, que se andan con ciertos escarceos al tratar de si derribarán los obstáculos tradicionales.

Recomendó á los demócratas que respecto á los obstáculos tradicionales, los odiaran con toda su alma, y enseñaran á sus mujeres y á sus hijos, aun los que todavía están en la cuna, á odiarlos implacablemente. (Entusiasmo estrepitoso.)

Esto, señores, se dijo ante un Gobierno que tiene la alta misión de mirar por el orden y reposo públicos, por la tranquilidad y las instituciones; esto se decía, señores, cuando estábamos bajo la presión del cólera asiático; de esa horrible plaga con que muchas veces la Providencia castiga á los pueblos que se separan del buen camino. En aquellas circunstancias, sobre-cogidos los ánimos por aquella calamidad, ¿no se habrían de sobre-coger por estos discursos? ¿Respondió el señor duque de Tetuan y sus compañeros á lo que el público esperaba de ellos? No, y esto era coispirar á sabiendas. Entonces, ¿para qué se ha hecho la ley de orden público que votamos en Cortes anteriores? No se ha cumplido, como sucede con otras muchas, por debilidad de los Gobiernos.

Pero no quedó así; vino el partido progresista, y este tiene sus reuniones, y desenvoltadamente dice lo que tiene por conveniente, habla como pudiera hacerlo en un club revolucionario, y el Gobierno tampoco toma ninguna precaución, y deja que esas ideas se esparzan; que esas ideas lleguen á provincias, y las gentes más ó menos impresionables crean que esto es verdad, y que todo se va á realizar al momento. Decía el Sr. Olózaga:

«Pero llevamos cincuenta años, desde 1814, en que hemos visto siempre una incompatibilidad abierta permanente, eterna, entre lo que se llama obstáculos tradicionales y la existencia del partido progresista (ruidosos aplausos); cincuenta años, en que han bajado á la tumba los hombres más grandes de nuestra nación, engañados, perseguidos, aniquilados: si el partido progresista quiere seguir ese camino (no, no, no), que lo siga en buena hora; pero que no cuente conmigo (Grandes aplausos).»

En seguida le sucede el general Prim, y poco más ó menos conviene en lo mismo, con diferencia de lenguaje.

«Para que llegue ese triunfo no me cuido de nadie; llevo trazado el camino, y si en él encuentro obstáculos, atropello por todos (aplausos prolongados). No está tan lejano el día... (ahora, ahora.) ¿No recordais qué ha pasado hace poco? ¿No lo estais viendo todavía? ¿Hubiéramos pasado por cima de esos obstáculos? ¿Había necesidad de decirlo?»

Si esto no se llama coispirar á vista del Gobierno, yo no sé una palabra de nada; no entiendo una palabra, no sé nada. Es verdad que yo jamás he coispirado.

Ha tomado el Gobierno, al menos que sepamos, algunas medidas para reprimir esto? ¿Ha hecho algo el Gobierno en virtud de la obligación que tiene de mirar por la tranquilidad y las instituciones? Yo no lo sé, á mí no me consta.

«Se podrá, señores, decir que con el criterio de la libertad se remedian estos males á que la reacción que era consiguiente traía después, la gente por buen camino? ¿Y si al mal causado? Pues qué, en política los daños y perjuicios que ocasionan las revoluciones, ¿no dejan una huella profunda en el país, por más que luego venga la sansez de las personas á verificar la reacción consiguiente? ¿Hay por ventura en política como en derecho, la acción de la restitución *in integrum*? De esta manera es como se desarrollan mayormente las revoluciones, cosa que jamás se ha querido comprender hasta ahora.

El señor duque de Tetuan, complaciéndose grandemente en reconocer en su S. S. grandes prendas, notables cualidades, siento tener que decir que ese distinguido hombre público tiene un defecto clásico para hombre público, que entiendo de todo mucho, pero que no están á igual altura sus concepciones políticas. Por efecto de eso ha dejado pasar en este país grandes ocasiones, en que enlazando su política con la que había hecho el partido moderado en sus primeros once años, podía haber traído al país á un estado floreciente, así en su progreso moral, como en su progreso material. Pero nunca tenía más contestación, siempre que era S. S. interpele sobre su fórmula gubernativa de represión que dar, sino decir: acando quieran, que calgan á la calle.»

Señores, ¿no es mejor una política preventiva que represiva?

Me decía ayer un hombre, muy notable por cierto de nuestra política: *governar es transigir*. Yo me vi en la necesidad de contestar: *cundo se gobierna sin prever*. Naturalmente, el Gobierno que no preve, después tiene que gobernar transigiendo, ó verse en la necesidad de reprimir. Pues antes de reprimir es menester prever, porque reprimir es siempre doloroso.

Yo llamo á la política de represión, cuando hay necesidad de ella, falta de previsión en un Gobierno, que es política neroniana.

En este estado de excitación en los ánimos y en los partidos, de esos ataques diarios contra la Religión, ¿qué había de suceder si el Gobierno quería reprimir la prensa? Y no quiero ocuparme ahora de la prensa, porque cuando se trate de la cuestión de imprenta, cuyo proyecto será sometido á la deliberación de la Cámara, si tengo salud, me reservo el ocuparme de ese punto, que bien lo merece, porque la prensa está dando cábulo á toda clase de injurias, á toda especie de calumnias, sin respetar nada, ni el hogar doméstico, ni la vida privada de los ciudadanos.

Yo tengo en mucho á la prensa, á la prensa buena, se entiende; soy poco aficionado al periódico; algo más al libro; pero en mi humilde opinión, después de lo mucho que se ha ensayado para reprimir la prensa, nada hay mejor que la previa recogida, que es lo que el partido moderado ha practicado siempre. Esto no es decir que no esté conforme en alguna parte con el proyecto que trajo el otro día el señor ministro de la Gobernación, aunque yo creo que la previa censura practicada por un fiscal inteligente, por un hombre prudente, por un funcionario de conocimiento, indudablemente dará grandes resultados hasta para la misma prensa.

Para mí, señores, la imprenta (sin entrar en el fondo de la cuestión y tratándola como de pasada) es como un arma de fuego que sirve para el bien y para el mal. Entro en una habitación y veo á un niño de cinco años con un arma de fuego cargada en la mano, y en seguida salgo de la habitación; pero la veo en mano de una persona entendida y de edad competente, y por más que el arma esté cargada, nada me impone y me quedo. Esa es para mí la imprenta, ni más ni menos.

Ayer, señores senadores, por las condiciones acústicas de este salón, no pude percibir bien la serie de argumentación que contestando á mi respetable amigo el señor marqués de Miraflores, empleó el Sr. Posada Herrera relativamente á enseñanza.

Este es un punto muy grave y de gran trascendencia, que no se puede tratar ligeramente en los debates de contestación al discurso de la Corona: necesita, requiere y exige una discusión especial, una discusión muy lata y profunda, en la cual no entro porque no me creo con fuerzas para ello, no me creo bastante competente, y espero que en la otra Cámara se ocuparán de esta materia otras personas con más inteligencia, con más conocimientos, con más profundidad que el que tiene el honor de dirigirme la palabra.

Pero como el señor ministro de la Gobernación dijese que una tintura de filosofía llevaba al ateísmo, y que un estudio profundo de la filosofía conducía á la religión, no puedo menos de considerar, no que esa era un sofisma, pero sí que era una frase bien expresada, un dicho agudo ciertamente, pero detrás de él veía yo otro dicho. Condorcet, escribiendo la vida de Voltaire y considerando la revolución francesa, decía: «El es quien ha hecho todo lo que vemos, pero él no llegó á ver lo que hizo.» Es verdad: él preparó aquello, pero no llegó á verlo.

Y no admito, señores, ese criterio de libertad para la enseñanza; yo no admito ese racionalismo para las cuestiones morales. Para discutir las cuestiones morales, es preciso errancar de la fe, no de la duda, y hoy se arranca de la duda para poner en discusión hasta los más sublimes principios de nuestra sacrosanta religión, que á fuerza de discutirse todos los días, perderá muchísimo; y eso que no somos bastantes competentes para tratar de esa materia, toda vez que los legos carecemos de la ciencia necesaria.

Creo haberme hecho cargo de la mayor parte de las observaciones hechas en esta parte de la política por el Sr. Posada Herrera.

Sin embargo, recuerdo otra en este momento: S. S. nos habló de otra debilidad de la política ministerial, y dijo que él había consentido con grande, con profundo sentimiento, y faltando á sus deberes como ministro de la Corona, la asociación de los *Amigos de los pobres*, que no había sido más que una asociación política para dar los resultados que todos hemos lamentado en esta capital ó en sus inmediaciones.

Es ciertamente censurable el error: pero confesión tan explícita de parte del Sr. Posada Herrera, hasta cierto punto satisface, aunque no por eso deja de dar lugar á un cargo que podía hacerse á S. S. Si hubiera adoptado una política preventiva como debió hacer, no habría dado lugar á que esa asociación abusara hasta de la caridad. ¡De la caridad, señores! ¡De ese gran principio en virtud del cual se ha hecho la redención del mundo! En vez de la caridad, no se vería emplear una filantropía oficial que no satisficiera, que no tiene entrañas, que no habla al alma. La caridad encierra mucho sentimiento, mientras que la filantropía lleva el carácter descarnado de la parte oficial; la caridad alimenta, la filantropía seca.

Pues bien: el señor ministro de la Gobernación debió reprimir con energía esa asociación, supuesto que tenía el convencimiento íntimo de que estos Cuerpos le habían de dar un bill de indemnidad si se lo pedía, supuesto que podía venir aquí á decir: «Hecho esto, pido un bill de indemnidad; y tanto en esto como en el otro Cuerpo se lo habríamos dado; tengo de ello la más profunda convicción. Todo esto, en el caso de que sea cierto lo que S. S. ha dicho, porque si no fuera, la cosa es grave; yo lo reconozco.»

«Pero qué prueba todo eso? Lo que voy diciendo: que la Unión liberal nunca ha hecho una política de orden material hermanándolo con el orden moral; nunca ha buscado en el orden moral el asiento del orden material; nunca ha hecho política preventiva, siempre ha practicado una política de circunstancias, procurando mantenerse en esa especie de equilibrio, contando con que á merced de la fuerza material reprimiría todos los disturbios; en una palabra, desconoce por completo lo que se llaman revoluciones morales.

¿Y cómo no había de reconocer el reino de Italia? Claro está: ella creyó que con ese reconocimiento zanjaba las exigencias de la revolución, que la revolución quedaría contenta, y que no continuaría coispirando. Precisamente los discursos del Circo son la prueba contraria. Son posteriores al reconocimiento del reino de Italia, y en ellos veo que, á pesar de él, no ha retrocedido la revolución.

Siempre ha sucedido lo mismo en todas partes. Igual política se observó en Francia en tiempo de Luis Felipe: allí se dio exceso de libertad á la prensa, se dio exceso de libertad á la enseñanza, no se reprimieron á tiempo ciertos abusos, no se buscó el mal en

las sociedades secretas que tienen desde hace tiempo una organización perfecta en toda Europa. Recuerdo que entonces el Episcopado francés levantó su voz hasta el Trono, y le manifestó los grandes inconvenientes que eso traía, y que la revolución indudablemente concluiría por llevarse tras de sí aquella situación y hasta aquella dinastía. Señores: todo se ha realizado al pie de la letra; aquello ha desaparecido.

Pues aquí ha pasado otro tanto. Nuestro Episcopado, y sea dicho esto en honor del Episcopado español y de la previsión que distingue siempre al Clero de todos países, ha representado.

Al hablar de este asunto debo decir antes que no tengo misión alguna para hablar en nombre de nadie en esta clase de cuestiones; hablo siempre por mi cuenta, exclusivamente por mi cuenta; bueno ó malo, yo me asumo siempre la responsabilidad de lo que digo.

Sucede aquí, que siempre que manda la Unión liberal se vé el Clero en la dura necesidad de representar á S. M., así en su primera época, como en la segunda, como en la tercera, porque para mí tiene tres épocas la Unión liberal.

En la primera época se discute la unidad religiosa y la legitimidad monárquica, bases fundamentales con que se formó y en que descansa nuestra unidad nacional, y ya se vé, tratándose de los principales fundamentos de la sociedad, puestos á discusión esos fundamentos, era imposible que dejase nuestro Clero y nuestro episcopado de alzar su voz.

Viene la segunda época de la Unión liberal, que yo califico de época de discusión, y en ella se vé el Clero en la necesidad de levantar también su voz y de hacer exposiciones contra la libertad de enseñanza.

Viene la tercera época de ese partido, época que yo llamo de negación, y en ella también se vé precisado el Episcopado á hacer exposiciones por causa del reconocimiento del reino de Italia.

¿Qué le pasa á ese partido, qué perturbación traerá á nuestra política, que personas alejadas completamente de la política, que no viven de la política, que pasan su vida entregadas al ejercicio de su sagrado ministerio, se ven en la indispensable necesidad de levantar su voz al Trono, haciéndole ver que corren gran peligro las instituciones fundamentales del Estado, sobre las cuales descansa el progreso, la felicidad y el bienestar de la nación, así en la primera época de 1854, como en la segunda de 1858, como en la presente?

Esos venerables Prelados, que en todas las épocas han elevado justamente su voz al Trono, ahora lo han hecho con muchísima mayor razón. ¿Pues no habían de hacerlo? ¿Cómo habían de callar en una nación católica, esencialmente católica, la única católica por excelencia de Europa, al ver que se reconocía el reino de Italia, cuando el Papa le había anatematizado en su alocución de 28 de Setiembre de 1860? Los que habían ido á Roma, los que habían sancionado lo que el bondadoso Pío IX había creído conveniente en su altísima sabiduría, no era posible que se pusieran en contradicción consigo mismos y con el Padre común de los fieles. Han cumplido, pues, con su deber, como eclesiásticos y como ciudadanos protestando por escrito y de palabra contra ese reconocimiento.

Y ¿cosa singular! A estos venerables Prelados, que hacen uso de un derecho consignado en la Constitución del Estado, exponiendo respetuosamente á S. M., se les lleva al Consejo de Estado, mientras que se deja á la prensa escribir como ha escrito, y en las reuniones políticas hablar como han hablado sin represión de ninguna clase. Es decir, señores, que la política de este Gobierno es de amplitud completa para el mal, y de represión absoluta para el bien. No insisto más sobre esto. No he tratado por ahora más que de hacer una comparación, de dejar sentado un hecho significativo y singular que se presenta siempre en la esfera del Gobierno cuando está acapado por la Unión liberal.

Señores senadores: creo haber recorrido rápidamente, y de la manera que me ha sido posible, nuestra política desde 1833 hasta el presente. Creo haber demostrado que la Unión liberal, por una serie de debilidades, aunque en la apariencia pasa por ser un Gobierno fuerte, ha venido constantemente haciendo concesiones á la revolución, hasta el punto que, creyendo extinguir, ó aplacar al menos momentáneamente, la revolución, y por no tener toda la fuerza, toda la independencia necesaria para resistir, ha reconocido el reino de Italia, para evitar, según su propia confesión, un pretexto á los partidos extremos. A confesión de parte, vice un adagio vulgar, relevación de prueba.

Yo no concibo que un Gobierno que se llama fuerte, que por fuerte se tiene, sea tan débil con la revolución, y no tenga la energía que debe tener todo Gobierno, para evitar que sea necesario, en cumplimiento de su deber, hacer después lo que el señor duque de Tetuan decía: yo, que no quiero ver á S. S. en tan terrible trance, lo digo con sinceridad, creo que es preferible evitar con tiempo esos acontecimientos, negando lo que debe negarse, lo que no está fundado ni en la razón ni en la justicia.

El Gobierno creyó que de esa manera había resuelto el gran problema, y lo que ha hecho con el reconocimiento del reino de Italia es alejar á todos los elementos de orden, á todos los hombres de orden que debiera atraer hacia sí, para que, identificándose con él, pueda traer la gran batalla de la revolución que nos amenaza. Todo el mundo presente que se nos viene encima notables acontecimientos; todo el mundo comprende que lo que acaba de pasar no es más que el prólogo de lo que ha de suceder; no se encuentra uno á una persona en la calle que no le diga: «esto está malo.»

Señores: cuando una sociedad llega á este estado, es muy censurable tener que confesar que hasta cierto punto estamos abandonados; es necesario que todos los hombres honrados, que todos los hombres que tienen que perder, que todos los hombres que quieren paz, que todos los que no hacen cierta clase de política, se unan, estrechen las manos, y piensen muy seriamente sobre su situación presente y sobre el porvenir.

Porque, señores, cuando por complacer nada más que á la revolución, sin razón alguna de justicia, de utilidad y de conveniencia públicas, realiza el Gobierno ciertos actos y ciertos hechos, no hay fundamento para quearse de sublevaciones como la de Aranjuez. Cuando se aprueban las *garibaldinadas* de alente, ¿por qué no ha de haber también *garibaldinadas* adelante? ¿No son unos y otros los mismos principios? ¿Pues qué extraño es que el general Prim quiera sacar á consecuencia?

Y no se me diga, señores, que el Gobierno se ha reservado la libertad de opinión, la libertad de apreciación de estos sucesos. Eso no quiere decir nada. Eso no significa nada. Cuando entre en la cuestión de Italia, cuando yo analice la política exterior del Gobierno, yo haré ver que es una reserva que hasta cierto punto no había para qué hacer, pues yo creo que el Gobierno de Turin no nos podía privar ni á nosotros ni á nadie que apreciemos cualquiera clase de acontecimientos según tengamos por conveniente.

La reserva de apreciación está al libre albedrío de todo el mundo. ¿Pues hasta ahí pudiera llegar el absolutismo, la tiranía ó la dictadura de Víctor Manuel!

Siento mucho molestar vuestra atención: acaso estoy abusando más de lo que debo: os pido por ello mi perdón; voy á entrar en la segunda parte de mi discurso; la primera me ha conducido á ella; por consiguiente, voy á tratar del reconocimiento del reino de Italia.

Señor presidente, lo pido con mucha necesidad. Si S. S. me hiciera la gracia de tres minutos, se lo estimaría muy mucho.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende la sesión.

Pasados diez minutos, dijo

El Sr. PRESIDENTE: El señor marqués de Vaamonde continúa en el uso de la palabra.

El señor marqués de VAAMONDE: Doy gracias á los señores senadores, y muy especialmente al señor presidente, por haberme dejado descansar breves momentos; y entro en la segunda parte de mi discurso sobre el reconocimiento del reino de Italia, y aquí me voy á hacer cargo antes de entrar en el fondo de la cuestión de la alusión que mi respetable amigo el distinguido hombre de Estado, Sr. Llorente, se ha dignado hacermela en el día de antes de ayer. Decía S. S.: ¿qué quieren los Sres. Huet y Vaamonde? ¿Que no se reconozca el reino de Italia? ¿Que se deshaga lo hecho? No es posible. El reconocimiento de Italia hecho está, hecho se queda; hay una alta consideración que así lo aconseja; los intereses materiales en la presente ocasión deben sobreponerse á los intereses morales.

No creo que en absoluto hubiera dicho eso mi respetable amigo el Sr. Llorente: tengo alta idea de su capacidad y de sus profundos conocimientos: su señoría, aceptando un criterio de la raza anglo-sajona, para la que todas las cuestiones son económicas, ha resuelto la cuestión con un criterio utilitario; pero los que nos vanagloriamos de pertenecer á la raza latina, las cuestiones políticas las consideramos como cuestiones altamente morales; esa es la diferencia; cada una de las dos razas representa una civilización; una que dicea que viene, otra que suponen que se va: no se va más que momentáneamente, señores senadores; no se va la civilización católica; ella entraña grandes principios de eterna verdad, de igualdad y entraña uno que es más grande que todos: ama á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á tí mismo. Ese es un sistema completo de filosofía. Grecia estuvo discutiendo ocho siglos y no obtuvo una afirmación de esa naturaleza; fue necesario que viniese el Redentor del mundo, para que con su sangre redimiera desde el Gólgota al género humano.

Me citaba S. S. el ejemplo de la Baviera, el tratado comercial; posible será que ese haya sido el motivo, pero tengo yo otra razón para no creer eso. Me figuro y sospecho que la Baviera, desde el momento que vió que Potencias de primer orden (porque mi patria en el orden moral y católico es Potencia de primer orden, pese á quien pese) habían abandonado al Padre Santo por una política que siento se sigue en ese Páncro (señalando al ministerio), aunque ahora parece tomar otro rumbo, y de ello me felicito; la Baviera, Estado de tercero ó cuarto orden, sin que haya otros motivos más fundamentales en mi sentir, se ha visto en la necesidad de reconocer el reino de Italia.

Dejando aparte esta cuestión de las dos razas que entrañan dos civilizaciones distintas, que aspiran á apoderarse del mundo, sigo en mi cuestión del reconocimiento de Italia. ¿Qué es el reconocimiento de Italia, señores senadores? El conjunto de todas las impiedades y errores que la mala civilización moderna ha reunido; ¿para qué? Para concluir única y exclusivamente con el centro de unidad de la Iglesia católica, con el centro de la verdadera civilización, con la fuente y con el verdadero manantial de la justicia y de la libertad, no por la cuestión de la unidad italiana, ese es pretexto aparente.

¿Queréis la prueba? Oid lo que dice Mazzini, creo que es un testigo irrecusable; sabe lo que se dice, de dónde viene y adónde va. Mazzini dice lo siguiente: «Lo esencial es que el término de la revolución sea desconocido. No dejemos ver nunca sino el primer paso que hay que dar. El Papado es una palanca inmensa, cuya potencia sólo algunos Papas han apreciado; con todo, no han usado de ella sino en cierta medida. Hoy día no se trata de constituir para nosotros el poder cuyo prestigio está momentáneamente debilitado; nuestro objeto final es el de Voltaire y la revolución francesa: el aniquilamiento para siempre «jamas del Catolicismo y hasta de la idea cristiana; va cual, quedando en pie sobre las ruinas de Roma, servirá más tarde para perpetuarla.» (Cretineau-Joli. La Iglesia romana en frente de la revolución, tomo I, pág. 32.)

Ya sabéis cuál es el objeto de la unidad de Italia; lo dice su autor: ahí lo tenéis.

¿Pero es de ahora sólo esto? ¿Nació ese pensamiento desde el año 1848 para acá? No, señores senadores: es un pensamiento más antiguo; tiene gran genealogía, grandes ramificaciones; entraña notables acontecimientos; es casi desenvolvimiento de cuatro siglos, desde el XVI hasta el presente. ¿Sabeis lo que decía Galvino? Pues decía ni más ni menos que lo que viene á decir Mazzini: es preciso concluir cuanto antes con el centro de la unidad de la Iglesia católica; y si no se puede por buenos medios, apalemos á la columna, á la difamación y la injuria, ó lo que ahora se llama crear atmósfera.

Lo mismo decía Voltaire en el siglo XVIII en sus cartas á d'Alembert y El Vecir en 1761 y Abril de 1768, el Patriarca de la filosofía negativa enciclopedista: «es necesario que cien manos invisibles acuchillen al centro de unidad de la Religión, y que él sea molido bajo mil golpes repetidos. Confundid al infame (Jesucristo)... Herid, pero esconded vuestra mano para que no la dea haber garibaldinadas adelante? ¿No son unos y otros los mismos principios? ¿Pues qué extraño es que el general Prim quiera sacar á consecuencia?

Pero como las grandes instituciones que tienen su asiento en el trascurso de los siglos no se arrancan

en un sólo día, es preciso una serie de trabajos, un método organizado para poder llevar a término el propósito que han concebido. Y es el protestantismo el que en realidad quiere hacer la unidad italiana. Pero hay que distinguir de protestantismos. No es el protestantismo alemán, científico hoy, venido después de haber servido de punto de apoyo al racionalismo y al panteísmo; acaso entre esos protestantes alemanes tiene hoy simpatías el poder temporal del Papa, y no quieren que desaparezca ese gran centro de civilización del Cristianismo; es el protestantismo mercantil, el protestantismo de raza anglo-sajona, en que hermanándose con la política, formando sus alianzas con la filosofía y con todo elemento de letargo, está frente al poder temporal del Papa y quiere concluir con él por medio de la unidad italiana.

Bien saben ellos que la unidad de Italia no se puede conseguir, porque la forma de Gobierno que tiene es la menos á propósito para fundir nacionalidades. Un ejemplo práctico, señores senadores. Hace cuatro siglos, desde los Reyes Católicos, hemos nosotros formado nuestra unidad. Decidme con ingenuidad y con franqueza: con esta forma de Gobierno, ¿se hubiera podido formar la unidad y la nacionalidad española? Imposible. Pues por lo mismo yo creo que con la forma de Gobierno que tiene la Italia, con autonomías tan heterogéneas, sus costumbres de tantos siglos no se fundirán, si imposible. Y si Víctor Manuel apelase á la dictadura, inmediatamente sería víctima de las sociedades secretas, á cuyo frente se pondrían Mazzini y Garibaldi, que son en realidad los verdaderos iniciadores del verdadero reino de Italia.

Pero el protestantismo, desde que fué vencido completamente en el terreno de la doctrina, cuando no podía discutir en ninguna parte, empezó á hacer evoluciones; la primera fué adoptando la forma jansenista; de la teología fué luego al derecho canónico, y dió origen á los regalistas: ¿sabeis para qué? Para debilitar á las naciones católicas donde por fortuna no había llegado; y como consecuencia de esto, restó las relaciones mutuas que deben existir siempre entre la potestad civil y la eclesiástica, ni más ni menos; se adoptó un sistema nuevo: descatolizar lo que estaba catolizado. Naturalmente, la potestad civil, con sus pretendidos derechos discutiendo con la Santa Sede, un siglo y otro, uno y otro año, dió ese resultado de enfriarse las relaciones.

Así es que José II de Austria tiene horribles cuestiones con Pío VI; Carlos III y Carlos IV las tienen de la misma manera; Luis XIV, con las proposiciones galicanas de grandes días de disgusto y sin sabor á la corte de Roma. No sería porque el Papa Clemente XI, dirigiéndose á él con el talento práctico que distingue á esa corte, no le hubiese dicho: «Los principios de que V. M. se vale para establecer las proposiciones galicanas, son de consecuencias funes para el futuro, no tanto para mí como para V. M.» Y ciertamente que el pueblo que presenciaba cómo el Monarca absoluto ponía la soberanía de los Concilios sobre la autoridad del Papa, cuando vino la revolución de 1789 y 92, y puso la soberanía y el derecho de los pueblos sobre la autoridad de los Reyes, cogió á Luis XVI y le llevó al patíbulo; consecuencia lógica de aquellos principios. Aquel Papa fué profeta como lo son generalmente siempre.

Respecto á España, si se ofendiera la ilustración de esta Cámara pretendiendo recordar la historia de estas cosas ante personas tan respetables y que todas pueden enseñar á mí. ¿Qué podría decir yo de lo que ha pasado en España durante todo el siglo XVIII y parte del XIX, respecto de nuestras relaciones con Roma? No se ha visto cómo la casa de Borbon ha traído el regalismo y el jansenismo de peor género, y como dice Voltaire, eran primos hermanos de los calvinistas, y al menos hay que agradecerle la franqueza; ¿qué disgustos, qué sinsabores no dieron á Pío VI y á sus antecesores el Sr. Urquijo y el ministro Caballero? Todos lo sabéis; así es que cuando Bonaparte, vencedor de la Italia, llevaba sus armas sobre la capital del orbe católico, en el momento en que aquel Santo Padre no podía realizar ciertas cosas del tratado de Tolentino, tuvo que abandonar á Roma, decía el Cardenal Consalvi, y así consta en sus Memorias, que volviendo la vista á todos los Estados de quienes podía esperar protección y ayuda, no encontraba más que amigos inciertos ó indignos aliados.

Ese era el trabajo de zapa del protestantismo: así el protestantismo, que había adoptado esas diferentes formas, trabaja para destruir algún día el centro de unidad del Catolicismo. ¿Quién le auxiliaba en esto? Las sociedades secretas.

Los Papas, precisamente porque son personas que por su alta investidura tienen un conocimiento detallado y profundo de todo el orbe católico, al momento comprendieron que se preparaban, y usó de la palabra, porque ya es frecuente, «esos hornillos revolucionarios se estaban calando con el único objeto de hacer una revolución social en Europa; y así es que Clemente XI, Benedicto XIV, Pío VII, Gregorio XVI y este mismo Pontífice, han dicho: cuidado con las sociedades secretas, tened muchísimo cuidado con ellas. No se ha hecho caso. ¿Y qué ha sucedido señores? Que los acontecimientos de 1848 han sobrecogido á todo el mundo, menos á los que tienen por oficio el ser revolucionarios.

Empezó en Portugal en 1846, y hago esta cita, porque es significativa, y tuvimos que intervenir con un ejército que, si no hubiera ido, acaso sucediera allí una catástrofe, siendo muy posible que hubiera caído del Trono la Reina doña María de la Gloria? Aquel fuego, iniciado en la Península ibérica, revelaba que también por aquí estaba preparada la revolución que tantos estragos ha causado y está causando en Italia. Señores: ¿qué ha pasado en el mundo? ¿Qué ha pasado en Europa cuando tuvieron lugar los sucesos de Italia? Que todo se estremeció, que Europa parecía que se derrumbaba como una casa cuyos cimientos flaquean. No quedó ninguna Corona en pie; todas se han resentido más ó menos.

Pero volviendo á la cuestión de Roma, ¿qué pasó en Italia el año 48? El Papa, bondadoso, bueno, creyendo que hacía un gran servicio á su pueblo, da una amnistía igual á la que dió en España la Reina Gobernadora en 1835, para que después la lanzasen de España en 1840.

Pues los mismos que habían vuelto por aquella amnistía á Roma, son los que hacen salir al Padre común de los fieles precipitadamente de la capital del orbe católico, para ser recogido por el Rey de Nápoles en Gaeta. Aquel pueblo no merecía aquellas reformas, aquellas instituciones; ¿por qué cuando los pue-

blos las merecen, no corresponden con hechos de ingratitud, ni expulsan á su Soberano como se expulsó al Padre Santo Pío IX, uno de los mejores y más grandes Papas que registra la historia moderna. Pío IX tiene tanta importancia política en la ocasión presente, como pudo tenerla en los más azarosos tiempos de la Edad media el gran Hildebrando, Gregorio VII; aquel, con su energía y su poderosa inteligencia, resolvió la cuestión de las investiduras: Pío IX, frente á frente con los revolucionarios, sólo, sin amparo de nadie, con su *non possumus*, es el hombre más fuerte que contemplamos en la civilización presente.

La Francia, señores, siempre grande, siempre generosa y noble, en medio de sus estravíos y errores políticos, después de haber vencido en las calles de París 20,000 revolucionarios, y en nombre de ella el general Cavaignac, respondiendo al sentimiento católico de aquella nación, dice que inmediatamente vayan 30,000 franceses á Italia para reintegrar á Pío IX en el centro de la unidad de la Iglesia católica con todo su brillo y con todo su esplendor; y el Santo Padre fué restablecido en su Sóló.

Pero hubo un incidente muy significativo, y que es preciso tener en cuenta para apreciar los sucesos. Cavaignac no tenía aspiraciones personales de ningún género; Cavaignac, espontánea y noblemente, dice: á Roma, y á los pocos días Napoleón asciende á la Presidencia de la república. Napoleón no olvida á la Francia; es amante de la Francia, y sabe lo que debe y en medio de todo eso, respetoso siempre con un pueblo que tanto le ha engrandecido, aunque suiza ha hecho mucho por esa nación, dirige una carta al coronel Ney, en la cual le dice: salvad el poder temporal del Papa; es una necesidad para el brío del Catolicismo; pero no olvidéis decir de mí parte al general Rostan que nuestros ejércitos dieron la vuelta á Europa, dejando por de quier, como huella de nuestro paso, la destrucción de los abusos del feudalismo y los gérmenes de la libertad. Aquí sale ya su personalidad, sale su raza y sus intereses encontrados.

Esta carta causó gran sensación en la corte de Gaeta. Indudablemente era grande el favor que la Francia dispensaba á Pío IX; pero era hacerlo á nombre de los principios de 89, y dió que pensar. Se pidieron explicaciones acerca de esta carta, y Napoleón, hábil siempre, profundo, el Felipe II de nuestros tiempos, dió las explicaciones convenientes; la corte de Gaeta se trasladó á Roma, y el Papa, en medio de todo, previsor siempre, teniendo presente la historia de lo pasado, dió su *motu proprio* del mes de Setiembre del 48, ofreciendo las reformas que debía ofrecer y que efectivamente ha cumplido.

Se paraliza todo por el momento: se restablece por entonces la calma en Europa y la Santa Sede en Roma; pero ya queda allí una guarnición francesa y austriaca. Napoleón se repliega, busca el elemento católico, el elemento religioso que tanta influencia ejerce en Francia, y de que se valió el primer Imperio, como lo podía demostrar fácilmente con sólo recordar que el Concordato de 1801 no es más que una garantía para los sentimientos religiosos de los franceses y para roturar con facilidad el camino del primer Imperio.

Napoleón III se encuentra en una situación completamente nueva. Ha visto desaparecer la dinastía de Orleans, que había durado 18 años; que había gobernado con gran prudencia, aunque con poca previsión; que había hecho ahorros, de los que se ha servido Napoleón desde el 49 hasta la fecha, porque el reinado de Luis Felipe puede ser comparado con el de Fernando VI de España: Napoleón, con el tacto y habilidad que le distingue, se repliega. Se fija entonces en la necesidad de variar la administración de Francia y de crear un ejército á su manera, y restablecer en la nación el partido napoleónico que había ayudado á su tío. Hizo lo que mi respetable amigo el Sr. Posada Herrera áates de verificar unas elecciones preparó bien el terreno, y en segunda dar el decreto de la convocatoria de los comicios.

A la corte de Roma, en su gran previsión, en su gran penetración y en su gran práctica, no se le podía ocultar que todo aquello encerraba algún acontecimiento, algún misterio.

Entonces la Santa Sede pasó una nota al Gobierno francés y al austriaco el 24 de Febrero, y fíjese el Senado en esta fecha, de 89, diciendo: «¿queden vuestras majestades retirar cuando gusten las tropas que forman la guarnición de aquí: me basto á mí mismo.»

Esto no convenía á Napoleón III; en la cuestión romana tenía y tiene un gran expediente, un gran recurso para la consolidación de su dinastía. Por eso él no accedió á la súplica de la nota Antonelli. ¿Y qué hizo? Me refiero á lo que decían los periódicos de aquella época: la revolución reconstruida en Turin, provocativa en la prensa, provocativa en la tribuna é injuriosa en los clubs y sociedades secretas, dice: «Apuren Vds. en silencio, pero sin cesar, á Austria, para que rompa; y efectivamente, el incauto Emperador de Austria, lleno de bondad, y falto de lo que ahora se llama travesura, se lanza á la pata, cae sobre Italia Napoleón con un ejército, y se enciende de nuevo la guerra. ¿Qué había de suceder? Que ya el Papa no podía volver á pedir la retirada de las tropas. Todo el mundo se sobrecoge; se lo piden explicaciones, y hace toda clase de ofrecimientos; pero nunca manifiesta su objeto final.

Seguía las cosas, marchan los sucesos, como tan admirablemente ha dicho mi respetable amigo el señor Seijas Lozano. La diplomacia toma su carácter, como saben los señores senadores, de poca franqueza, de medias palabras, de ambigüedades en sus documentos: indudablemente era para decir que pensar y estar sobrecogidos ante un suceso cuya trascendencia se ignoraba, y cuyos fines políticos no se conocían.

Se encontraba todo el mundo expectante de aquel grande hombre que manda en la Europa por su gran talento, y la manda, porque está acostumbrado toda su vida á ver las cosas del mundo en sus diferentes jerarquías y escalas, y que ha llegado á saber dirigir los negocios y á tratar los asuntos.

En esa situación, el Padre Santo vió atacados ya sus Estados, no le quedó género de duda del proyecto, del plan que encerraba la gran inteligencia de ese gran hombre de Estado, Napoleón III. En este caso creyó deber hacer un llamamiento á todas las naciones católicas; se dirigió á ellas, y lo hizo de la manera que van á oír los señores senadores.

En presencia de esta injusta, hostil y horrenda agresión y ocupación de nuestro principado civil y de esta Santa Sede por el Rey del Diamante y su Gobierno, llevada á cabo contra todas las leyes de la justicia y el derecho universal de gentes. Nos, recordando bien nuestro deber, levantamos de nuevo con

energía nuestra voz ante esta vuestro respetabilísimo concurso, y ante todo el mundo católico, y reprobamos y de todo punto condenamos todos los sacrificios y nefandos atentados de dicho Rey y Gobierno, y declaramos y decretamos todos pertenecientes á los católicos aquellos actos nulos y de ningún valor, y reclamamos una y otra vez, y nunca dejaremos de reclamar la integridad, principado civil de que goza la Iglesia romana, y sus derechos pertenecientes á todos los católicos.»

No olviden esto los señores senadores, dice el Papa: «Pertenecientes á todos los católicos.» y en seguida añade en otro párrafo de la misma alabación: «Trátase de la violenta espoliación de este poder, que por singular disposición de la Divina Providencia ha sido del Pontífice romano para ejercitar con entera libertad su ministerio apostólico en toda la Iglesia. Esta libertad debe excitar seguramente la soberana solicitud de todos los Principes, á fin de que el Pontífice no obedezca al impulso de ningún poder civil, y que la tranquilidad espiritual de los católicos que moran en las provincias de estos mismos Estados esté al abrigo de todo peligro.

En tal concepto, todos los Soberanos deben estar persuadidos que su causa está completamente unida á la nuestra, y que auxiliándonos, miran por sus derechos igualmente que por los nuestros. Con gran confianza, por consiguiente, exhortamos y rogamos á los mismos que nos ayuden cada cual según su condición y sus medios. Pero no dudamos que mayormente los Principes y pueblos católicos emplearán sobre todo con el mayor ardor sus cuidados y esfuerzos de común acuerdo en socorrer, defender y ayudar de todas maneras al Padre y Pastor de la grey universal del Señor, combatido por las armas parricidas de sus hijos regenerados.»

Esto decía el Santo Padre en 1860: pedía auxilio, socorro á todos los fieles, á todos los católicos; les pedía que se lo prestasen de la manera que pudiesen.

En esta situación, en el Congreso de señores diputados, donde tenía un honroso puesto que me habían confiado sin merecerlo los electores del pueblo de mi naturaleza, y de la manera que me fué posible, excitado extraordinariamente por los sucesos que nos rodeaban, llamé la atención del Gobierno de S. M. sobre este asunto por medio de una interposición, á que contestó el actual presidente del Consejo de ministros, que hacía las veces de ministro de Estado, porque estaba enfermo el que lo era en propiedad, Sr. Calderón Collantes. ¿Y qué me contestó S. S.?

«Conozco que S. S. tiene razón, que nuestro país es una nación católica que debe muchísimo al Catolicismo, que estamos en el deber y en la obligación de hacer algo; pero, Sr. Viamonte, me decía, ¿qué quiere S. S. que hagamos nosotros en el estado de relaciones europeas en que estamos; en esta especie de aislamiento europeo en que nos encontramos? No tenemos más remedio que proclamar la neutralidad.»

Pues bien, señores: yo entonces le dije, si mi memoria no me es infiel: «¿pues siquiera en el terreno diplomático, ¿qué piensa hacer S. S.? Agote todos los medios que le sugiera su claro talento.» Y volvió á contestarme S. S.: «la neutralidad es la que conviene.» Entonces yo concluí mi interposición parodiando aquel dicho célebre de un hombre notable, de los más notables que hemos tenido, D. Javier de Burgos, conocido de todos vosotros: «el mal es grave, el remedio urgente; ahora ó nunca.» El mal es grave, señores, muy grave. Entonces decía yo al señor ministro de Estado: «Agítense S. S. en el terreno diplomático, porque aquí se encuentra el Santo Padre en condiciones tan horribles, que ni representante de la nación católica tiene á su lado; y á poco tiempo fué nombrado el señor marqués de Miraflores embajador cerca de Su Santidad.

Yo aplaudo sinceramente lo que el señor marqués de Miraflores, según se nos ha dicho aquí en las sesiones pasadas, ha hecho en ese particular. S. S. tiene un alto patriotismo y sabe corresponder siempre dignamente á la confianza que los Gobiernos depositan y á las grandes esperanzas que en sus hombres notables pone siempre la patria; pero yo tengo para mí que erró S. S. el camino. La liga que yo indiqué en el Congreso en 1860 no debió haberse establecido en Roma, debió haberse establecido en París; pues el resultado de lo primero fué que la Inglaterra, en su alta política y en su menuda política, porque también hace política menuda cuando le conviene, supo á tiempo, según los periódicos han manifestado, que se trataba de formar una liga católica para impedir la unidad nacional, es decir, la de los italianos.

A mí no me consta esto oficialmente, lo declaro en primer lugar: hablo porque he llevado con mucho interés y celo esta cuestión; señores, hacéme esta justicia: he seguido paso á paso esta cuestión; no he perdido periódico, revista ni nada que condujese á este objeto, y entreví inmediatamente que la política inglesa se acercaba al reino italiano y quería hacerle entender á la Italia lo que en cierta ocasión decía el señor Posada Herrera: ¡qué amigos tienes, Benito, qué amigos tienes!

Entonces fué cuando tuvo lugar el tratado de 15 de Setiembre. ¿Qué es este tratado, señores senadores? Uno de sus negociadores nos dice lo que es; Pépoufice lo siguiente: «Que la convención no derogaba ninguna parte del programa nacional, y rompe solamente los últimos eslabones que unían á Francia con los enemigos de Italia.»

Es decir, que era una especie de veto que se quería poner á todas las naciones católicas en el caso de que tratasen alguna liga, para impedir llevar adelante la unidad nacional.

Dicho tratado, pues, en mi humilde opinión, respetando la de todo el mundo, no hay ánimo de cumplirlo, ni por el Emperador de los franceses, ni por los italianos; y he intención ninguna de cumplirlo. Y la prueba de ello, es que uno de sus negociadores, Nigra, representante de los italianos, que se conoce la heredad de los griegos la facilidad de decirlo todo, y no le distingue la reserva y circunspección que todos reconocemos en Napoleón III, dijo en el Parlamento: «Que la convención no era ningún obstáculo para el triunfo de los derechos de la nación italiana y de las aspiraciones nacionales.»

La Opinión, periódico ministerial de Turin, de acuerdo con aquel Gobierno, decía: «El Gobierno del Rey se halla en la necesidad de trasladar la capital á Florencia, como la primera etapa en el camino de Roma.»

El ministro del Interior, Lanza, cuando llevó á las Cámaras el proyecto de traslación de la corte de Turin á Florencia, dijo las siguientes palabras significativas: «Examinareis esta cuestión y la resolveréis con la dignidad y sabiduría de convencer cada vez más á mun-

do civilizado de nuestra firme resolución de completar la unidad.»

Se va al Senado, y en el Senado de aquella nación dice principiando un discurso: «el poder temporal del Papa es contrario á los intereses de Italia.» ¿Lo queréis más claro? Pues el que tal dice es un ministro del Gabinete bajo cuya denominación se verificó el tratado de 15 de Setiembre. Por eso yo, que tengo una altísima idea del claro talento y capacidad del señor ministro de Estado, que creo que es uno de nuestros hombres importantes de la política, me extraña al ver la sinceridad con que afirmaba que tenía fe en el referido tratado: y decía para mí: yo y otros que somos de las provincias del Norte, que somos algunos tanto cándidos, podíamos creer tal cosa: pero á S. S., que es de un país cuyos individuos tienen una imaginación tan viva y penetrante, no concibo que se le oculte una cosa tan clara, que se me ha ocurrido á mí y que se le ocurre á cualquiera, porque no es ningún cálculo diferencial ó integral de matemáticas sublimes, sino que por el contrario, es una cosa sencillísima.

Pero hay otro hecho más grave aun, mucho más grave, y es que el referido ministro, en el curso de los debates, dijo lo siguiente: «Francia, por haber tratado con ellos de Roma, reconocía que ellos solos tenían derecho sobre Roma.»

¿Quién ha dicho á los italianos, quién á Víctor Manuel, que él solo tenía derecho sobre Roma? ¿No ha dicho el Padre común de los fieles, que, no solamente es patrimonio de la Iglesia, sino de todos los católicos? Ese dicho solamente hubiera sido para mí muy suficiente para no entrar en negociaciones de ninguna clase con el Gobierno de Víctor Manuel, del pretendido reino de Italia, sin que antes me hubiera dado amplísimas explicaciones sobre esto. Esto huele más que á absolutismo á despotismo, que no se hermana bien con las instituciones libres que dicen rigen en ese país.

Me hallo muy fatigado, señores senadores; abuso con exceso de vuestra atención; pero yo os pido por ello mil perdones, y voy á ocuparme ya del reconocimiento hecho por nuestro Gobierno.

¿Qué razones de utilidad, qué razones de conveniencia, qué ventajas, señores senadores, para la nación, para la hidalga nación española, qué ventajas ha traído para nosotros el reconocimiento del reino de Italia? ¿Era una cosa tan urgente, era tan indispensable resolver ese gran problema, sin lo cual no se levantaba el crédito en nuestro país, no florecía la industria, no se fomentaba el comercio? ¿Qué es eso, que entraña ese reconocimiento con tanta premura obligó al Gobierno de S. M. á venir á este Cuerpo para anunciarlo al mundo entero?

Yo, señores, tenía una gran curiosidad por saber ese motivo, esperaba con deseo vehemente la publicación de los documentos diplomáticos; lo digo con toda sinceridad, señores senadores, porque yo no hago de estas cuestiones cuestiones de oposición; estas cuestiones, como he dicho el año 60, y repito hoy, están más altas que todas las miserias de partido, están más altas que todas las pequeñeces de bandería; estas son cuestiones nacionales, de trascendencia, de porvenir, que hacen eco en todas las naciones y en todos los pueblos.

Se trata, señores, de abandonar una civilización que tantos favores, que tantos beneficios ha dispensado á la humanidad, por otra civilización mercantil del tanto por ciento, que calcula, que piensa, pero no siente; esta es una cuestión de sentimiento, de paz, de alto derecho internacional. De sentimiento, porque la raza latina, á la que tenemos el alto honor de pertenecer, señores senadores, no tiene la frialdad del cálculo, se enardece, tiene sentimientos, y por eso entre nosotros el Catolicismo se ha arraigado tanto. A eso he atribuido muchas veces por qué ha echado tan profundas raíces, porque todo es bondad, porque todo es caridad, porque todo es amor al prójimo, y esta es la razón que tengo yo para creer que esa planta exótica del protestantismo no echará raíces.

¡Ah, señores! El reconocimiento del reino de Italia, ¿se ha hecho porque lo pidiere la opinión pública? ¿Cuál es esa opinión? ¿Dónde está? Decidmelo con franqueza. Decidme, ¿dónde está esa opinión? En la España podrá extraviarse, podrá caer cierto resfriamiento en algunas ideas; pero en la fe católica, en lo que tenemos más grabado en nuestra alma, aun los mismos que combaten el Catolicismo, si lo que Dios no permita jamás en mí patria, yo se lo pido de todo corazón, vivirá una guerra de religión, ya veréis que aquí se enardecen aun los más apartados hoy de las vías católicas por ciertas ideas filosóficas que han trastornado su mente. No; yo hago esa justicia al pueblo español.

Pues si no es la nación la que os pide eso, si inmediatamente que la habéis anunciado, multitud de firmas de todas partes venían al Gobierno de S. M. pidiéndole que no hiciese eso, que no aligiese al Padre común de los fieles, al jefe de la Iglesia católica, de esa religión que es el amparo del pobre y desvalidos que no se desdénan entrar en momentos angustiosos de desgracia y de infortunios en nuestras casas. ¿Qué os pide la historia de mi patria? ¿Pues si la habéis rasgado el día en que reconocisteis el reino de Italia? ¡Si mi patria no es nada sin el catolicismo! ¡Si desde Covadonga hasta Granada su historia es una epopeya católica! ¡Si es la mayor de las cruzadas la que se ha presentado aquí! ¿Quién ha aconsejado al Gobierno el reconocimiento del reino de Italia?

La tranquilidad interior del país al parecer, porque dice que ha sido para quitar pretextos á los partidos extremos. ¿Hay partidos extremos en España? Yo conozco la democracia y el partido absolutista y que creo escasos. Pero, señores, si en la cuestión del reconocimiento todos los partidos, exceptuando acaso el progresista y el democrático, no lo querían: por consiguiente, llevada la cuestión al terreno de las mayorías, siempre resultaría que la mayoría no quería el reconocimiento de Italia, y habría un conjunto de gentes que dijese que no lo quería.

En este caso, señores ministros, ¿no estáis obligados á hacer política en relación con los sentimientos de la inmensa mayoría del país? Si la nación que regís es católica, tenéis que hacer política católica. Ejemplos prácticos.

Mr. Guizot era protestante, y sin embargo, siendo ministro de Luis Felipe en los últimos años de su reinado, cuidó mucho de no lastimar el sentimiento católico de la Francia, y eso que era protestante.

D. Salustiano Olózaga, esa persona tan digna de respeto para mí, por más que nos separen á bastante distancia nuestras opiniones; ese distinguido hombre público, siendo individuo de la comisión de reforma de la Constitución del año 12 en 1837, sostuvo la necesidad de la unidad religiosa en este país, porqu-

como era que no era posible ni conveniente desatender los intereses morales de esta nación. Hay más: en 1854, siendo ministro de Estado el Sr. Lúzuriaga y embajador en París el mismo Sr. Olózaga, dirigió esta una nota que obraba en el ministerio de Estado, según manifestó el digno, altísimo ministro de la segunda época de la Unión liberal, en 1861, D. Saturnino Calderón Collantes, cuando con gran elocuencia combatía con el partido progresista sobre las cuestiones de Italia. Pues bien: en esa nota, hablando precisamente de aquí los sucesos, decía el Sr. Olózaga que la cuestión del poder temporal del Papa para España era grave, porque siendo una nación eminentemente católica, llevaría más á mal que se diera un paso que tendiera á menoscabar ese poder.

Señores: si personas de la capacidad política del señor Olózaga en el género de opiniones que profesa, opinaba de tal manera, ¿podía esperarse del actual ministro un proceder tan poco en armonía con los antecedentes religiosos de la nación á cuyo frente se halla?

Pues yo voy más allá, os hago justicia, señores ministros; tengo el íntimo convencimiento de que es así; si estoy equivocado, cualquiera de vosotros desahará mi equivocación. Si no hubieseis hecho ya el reconocimiento de Italia, os hago justicia creyendo que no lo haríais; y si lo hicierais, ya veríais con qué condiciones y cómo. Sobre todo, y cuidado que voy á hacer un argumento muy débil, si queríais hacer ese reconocimiento, ¿por qué no lo habéis dicho en vuestro programa? ¿Por qué no habéis dicho: «nación española, vamos á reconocer el reino de Italia; ten presente cuando man las tus representaciones? Es débil este argumento, porque ya se sabe cómo maneja la influencia moral el Sr. Posada Herrera; pero tratándose de una base tan capital para la nación española, creo que bien merecía esta consideración cuando iba á hacer las elecciones para el Congreso de los diputados. Sin embargo, acepto la observación que por lo bajo me hace el Sr. Calonge, y es que antes de convocar los comicios eso era, como ahora dice, un hecho consumado.

Pero dando por supuesto ya lo muy debatido que esté esta cuestión, y lo cansados que están los señores senadores de oír hablar del reconocimiento del llamado reino de Italia, no podré menos de buscar algo en este primer documento diplomático, que parece ser el *memorandum* donde el Gobierno aglutinó todos los argumentos más notables, todas las razones más grandes que haya podido tener para hacerlo. Y la primera razón que encuentro es muy singular: que hemos reconocido el reino de Italia precisamente para favorecer ese poder temporal de la Santa Sede, que tanto desean conservar los españoles.»

Cuando yo leí esto, dije: semejante concepto tiene que ser una equivocación del Sr. Bermúdez de Castro. ¿Cómo en la hidalga de S. S. y en la hidalga de esta nación, que nunca ha hecho política doble, que nunca ha practicado el género de diplomacia que corre hoy por el mundo, se dice que se va á reconocer á Víctor Manuel para contrarrestar precisamente sus deseos de formar la unidad italiana? ¿Pues buenos amigos me he echado, diría ese Rey!

Vosotros me reconocéis para venir á favorecer con más impunidad el poder temporal del Papa, que es lo que yo no quiero, porque me quitais dos millones de habitantes que yo he creído conveniente anexionar á mi reino. Esto no tiene contestación. Para favorecer el poder temporal del Santo Pontífice es mucho mejor colocarse en una situación espectante de los acontecimientos que creo, en mi opinión, que no tardarán mucho en suceder. Y en esto aplaudo la notable franqueza, las cualidades de hombre de Estado y de alta prevision política que brillan en los despachos del señor Llorente, que decía muy bien: «política espectativa, libertad de acción.» Exacto.

Creo que no habiendo hecho nada anteriormente por el poder temporal, y habiendo negado en esta cuestión al estado á que hemos llegado, lo que convenia era esa política de espectación, que aconsejaba el Sr. Llorente.

Pero el Sr. Bermúdez de Castro nos ha dicho que se había reservado la libertad de apreciación. Ya me he hecho cargo en la primera parte de mi discurso de esa frase, y dije que nada probaba esa reserva, pues que el gobierno de Turin no nos podía privar de que apreciáramos esos sucesos de la manera que creyéramos más conveniente. ¿Cree S. S. que con eso ha hecho una gran adquisición? ¿Pues si ese derecho ya lo tenía S. S. como lo tenemos todos los españoles! Bueno fuera que no tuviéramos esa libertad de apreciar como quisieramos los sucesos, tanto anteriores como posteriores! Lo que nos debía haber dicho S. S. es que se había reservado la libertad de acción.

Pero hay otra frase en este despacho, que ciertamente yo no quisiera ver consignada en documentos de una nación católica, en documentos redactados por un Gobierno católico, como es el actual.

Dice S. S.: «Por deferencia al Padre Santo, y por simpatías hacia grandes infortunios, había dilatado

años enteros la resolución de este asunto...»

¡Es decir, Sr. Bermúdez, que nosotros no tenemos obligaciones ni deberes para con el Padre común de los fieles, para que digamos que sólo por deferencia hemos tardado cuatro años en hacer ese reconocimiento! Diga V. S. con ingenuidad y franqueza, y yo apelo á su conciencia, si es propia la frase. (El señor ministro de Estado hace un signo afirmativo.) ¿Pues el Gran Turco no hubiera dicho más! El Gran Turco, á quien nada importa el poder espiritual del Papa, á quien que chocar con ese venerable anciano, lleno de grandeza y de piedad; porque sea S. S. que en la desgracia es donde se eleva la majestad del infortunio, de los que sufren persecución por la justicia; el Gran Turco, digo, no hubiera dicho al Padre Santo por deferencia, hallándole en situación desgraciada, no hubiera usado de esa frase en iguales circunstancias.

¡No! En estas cuestiones, y después del llamamiento tan enérgico y tan sentido que el Padre común de los fieles ha hecho á todo el orbe católico, no se puede decir por deferencia hemos estado cuatro años sin reconocer al reino de Italia.

Queda, pues, demostrado que no ha habido razones de utilidad, que no ha habido razones de conveniencia, que no ha habido ni un tratado comercial, como decía el Sr. Llorente, que no ha habido nada, en fin, que recomendase esa urgencia, y viene sólo á quedar escueto el argumento de que sólo se ha verificado ese reconocimiento para evitar pretexto á los partidos extremos.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Príncipe Pío): Señor senador, han pasado las horas de reglamento,

y mañana podrá V. S. continuar en el uso de la palabra.

El señor marqués de VAAMONDE: Estoy á las órdenes de V. S. De todas maneras, quedándose aún algo que decir, y hallándose muy fatigado á consecuencia de una afección de pecho que me aqueja, será mejor que continúe mañana.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Príncipe Pio): Se suspende esta discusión.

El Sr. PRESIDENTE: El señor marqués de Vaamonde continúa en el uso de la palabra.

El señor marqués de VAAMONDE: Señores señadores: en el día de ayer he abusado más de lo regular de vuestra benevolencia; he empleado más tiempo del que en mi concepto debía emplear, y en perjuicio de mi salud: eso me ha ocasionado el que en el día de hoy me faltan las fuerzas necesarias para terminar lo que he empezado ayer. Por consiguiente, haciendo un resumen de lo que he expuesto á vuestra alta y respetable consideración, concluiré por emitir algunas otras opiniones sobre la cuestión, objeto del debate, y daré por terminada mi pobre y desaliñada peroración.

Señores señadores, en el día de ayer he hablado en primer lugar.

Me he permitido detenerme algún tiempo en otras apreciaciones que el respetable señor ministro de la Gobernación había emitido en este sitio, contestando á mi distinguido y particular amigo el Sr. Corradi.

Por fin, señores, sacando una consecuencia lógica, pero dolorosísima y triste, dije que por efecto de lo que yo he calificado de política débil, habíamos llegado al reconocimiento del reino de Italia. En ese reconocimiento he encontrado yo, señores señadores, la condensación de los desaciertos políticos por que venimos atravesando hacia mortales años de Unión liberal, habiéndolos dividido yo también en tres épocas ó períodos, que eran: el 54 al 56, del 56 al 63, y desde 20 de Junio del 65 hasta la época presente.

He dicho que el período del 54 al 56 de Unión liberal, de verdadera Unión liberal, fue un período de lucha terrible, horrorosa, en que el señor duque de Tetuan ha pasado por unas angustias, por unos sinsabores que no quisiera que él ni otro hombre político volviera á pasar: período en que el mismo señor duque pretendió hacer del partido progresista, que es un partido revolucionario, un partido de orden (cosa imposible, tan imposible como querer hacermañar al agua con el fuego); y en que, por último, á aquellos amigos á quienes no pudo S. S. convertir ni modificar, tuvo por conveniente despedirlos á cañonazos. ¡Singular modo de despedir amigos! Pero conste que aquella época no fué precisamente de progreso puro; fué de Unión liberal, siendo de ello una prueba concluyente el que los hombres más importantes de aquellas situaciones y de aquellos ministerios han venido á formar y forman en realidad en las filas de Unión liberal.

Me ocupé del segundo período en que la Unión liberal se estacionó, en que la Unión liberal no pudo desenvolver su política, en que la Unión liberal no vivió más que en un constante equilibrio, en que el talento sofisticado del Sr. Posada Herrera con su gran habilidad sostuvo aquella situación, prestándose entre S. S. y el señor duque de Tetuan un auxilio mutuo, y viniendo á componer los dos un todo tan agradable y sustentable para la misma Unión liberal.

Me ocupé, por último, del tercer período, que es el que yo califico de negación. En esa época, que escorrimos, pues comienza en 20 de Junio del año anterior, han sido tantos y tan graves los acontecimientos que se han sucedido, ya el conato, ya la manifestación de esta especie ó de la otra, y han ocurrido tales cosas, que la misma Unión liberal ha tenido necesidad de retroceder variando de política.

Y hecha esta pequeña digresión, señores señadores, continúo la segunda parte de mi discurso de ayer, en que, después de analizar los sucesos de Italia desde una época demasiado remota, fatigando acaso vuestra atención, en sus diferentes fases, y así desde 48 á 59, como desde el 59 hasta la época en que nos encontramos, he emitido mi opinión con franqueza, con lealtad, pero siempre con gran sinceridad, con la sinceridad que sale del fondo del alma de un hombre honrado, y os he manifestado la que yo creía respecto á la cuestión de Italia, lo que esa cuestión entrañaba, las consecuencias funestas que traería para el país, y por último me he dirigido al ministerio para rogarle que tenga por conveniente decirnos qué razones de utilidad, qué razones de conveniencia, qué razones de interés general había tenido para resolver con tanta urgencia una de las más grandes, una de las más respetables cuestiones exteriores que pueden presentarse en el estado de la política, una de las más graves cuestiones internacionales que pueden ofrecerse á la decisión de los hombres de Estado.

Pues bien, señores señadores: habiendo concluido por decir que, en mi pobre opinión y corto alcance, no había más que una transacción, podemos decirlo así, una debilidad con los elementos revolucionarios, según se desprende de los documentos traídos á esta Cámara, yo me volví hacia el señor ministro de Estado, y le interrogué en la forma siguiente: ¿será posible que un Gobierno fuerte, que debiera ser la garantía de los grandes intereses sociales, tenga esa debilidad con el elemento revolucionario? ¿Creía u señoría contentarse? ¿Creía S. S. satisfacerlo? Los últimos sucesos responden á esta observación, á esta pregunta mía.

Agotada la cuestión de Italia en todas sus fases y bajo todos sus puntos de vista, no insistí más; y me permití, señores, porque mi salud, vuelvo á repetir, no es buena, que concluya por hacer una pequeña observación á la comisión, relativa á un párrafo del proyecto de contestación al discurso de la Corona que ha llamado mucho mi atención, y que no solamente ha llamado mi atención, sino que también ha llamado á la de muchos señadores y á la de otras personas que han leído con alto desagrado la redacción de ese párrafo. Es el relativo á la cuestión de Italia, que dice:

«Razones de elevada política y de conveniencia pública, generalmente sentidas y formuladas por la opinión del país, han creado la necesidad del reconocimiento del reino de Italia: V. M. al adoptar esta resolución, la justificó con admirable criterio que pueden hermanarse el amor filial al Padre común de los fieles y el firme propósito de mirar por los derechos de la Santa Sede con las concesiones que en determinadas circunstancias acaesca inevitablemente la marcha providencial del mundo.»

Señores señadores, siento muchísimo que en un asunto de tanta gravedad é importancia, y sobre todo de esta trascendencia, se traiga á la Providencia para colmar hasta cierto punto el reconocimiento del reino de Italia.

Yo bien sé que muchas veces estas cosas se hacen impremeditadamente, acaso para presentar un giro retórico ó para decir una frase más ó menos agradable al oído; pero cuando se trata de un documento de tanta importancia en una nación católica y en un asunto de esta clase, creo yo que deben meditar mucho todas las palabras.

Este párrafo, en mi concepto, es mucho peor que el que puso el Gobierno en los libros de nuestra augusta Soberana, porque al menos allí se hablaba de razones de esta ó de la otra índole y de razones políticas; pero mezclar la Providencia en la cuestión del reconocimiento de Italia, habiendo vosotros reconocido ese reino, y por consiguiente, todas las impiedades, todos los errores, todos los desmanes, todo lo más grave que ha podido hacerse en una cuestión de tanta importancia y de tan funestas consecuencias, eso no lo concibo.

Yo suplico, por tanto, á los señores de la comisión, se lo ruego encarecidamente, que, si pueden, modifiquen ese párrafo, porque en ello harían un gran bien, y se lo harían á los mismos señores de la mayoría, que muchos de ellos se encontrarán embarazados para votar eso. Yo al menos, si perteneciera á la mayoría, lo digo con sinceridad, por muchos vínculos que me ligan al Gobierno no votaría ese párrafo, al menos en la forma en que está redactado.

El señor senador Elípe me dice que no es este el sólo defecto de redacción que tiene el mensaje, que tiene otros literarios de no menos importancia. Yo no me he fijado más que en la cuestión relativa al reconocimiento de Italia.

Señores señadores, vosotros, que sois hijos de una nación eminentemente católica, de una religión que ha prestado tantos y tan grandes servicios á nuestra nacionalidad, que casi muchas de vuestras casas y de vuestras familias han sido fundadas á la sombra del Catolicismo; vosotros, que habéis acompañado á nuestros progenitores en los grandes hechos de armas de nuestra historia, ¿vais á votar el reconocimiento de Italia? ¿No hay una voz en vuestra conciencia que os dice que los antecedentes de vuestros linajes y de vuestras familias, que la gran idea católica os impone el deber, la sagrada obligación, de hijos sumisos para no abandonar hoy al Padre, al Jefe espiritual de todos nosotros? ¿Con qué derecho, si abandonáis hoy al Padre espiritual, no podréis venir mañana, por iguales ó parecidos motivos, á negar obediencia á vuestro jefe temporal? ¿No tenemos dos jefes, uno en lo espiritual y otro en lo temporal? ¿Pues por qué razón hemos de desobedecer al uno y obedecer al otro? ¿Estáis satisfechos de la conducta de este Gobierno relativamente á una cuestión de tanta gravedad é importancia? ¿Os han convencido sus razonamientos? ¿Os ha dado alguna garantía de que hará y mirará con solícito interés por la seguridad de los derechos de la Santa Sede, que no sean simples promesas?

¡Ah, señores señadores! Esto es muy grave, gravísimo; y lo más grave son las consecuencias que encierra. Mirad esos países que ya viven casi separados de las vías católicas á qué estado de perturbación social y política han llegado. Escuchad el lema que en su bandera acaba de escribir la revolución de Bélgica.

«No habéis leído en los periódicos más autorizados de esa pequeña nación, foco hoy de todos los elementos revolucionarios y masoicistas que están perturbando á la Europa, no habéis leído, digo, en uno de esos periódicos, hace muy poco tiempo, que en una gran junta revolucionaria se han definido las aspiraciones y término fiel de la revolución? ¿No habéis visto que ha dicho que ella no cesará ni desistirá hasta que consiga el completo triunfo del trabajo sobre el capital, de la razón sobre Dios, del obrero sobre el parásito? ¿No os espanta la trascendencia de esas proposiciones?

Estas son sus aspiraciones, y no cesará un momento hasta conseguirlas. Por consiguiente, Gobiernos que buscáis cierta popularidad en políticas espansivas, continuad en ese camino, no seréis más que los roturadores de la revolución.

Señores, abandonad nuestro jefe espiritual, como parece estarlo de todas las gotencias católicas, de las que tenía derecho á esperar algo, ¿qué suerte le espera al virtuoso y santo Pio IX? ¡Acaso abandonar en día no lejano la capital del óbito católico, que no solamente es de la Iglesia, sino que, como ha dicho perfectamente en su alocución de 28 de Setiembre de 1860, es también de todos los fieles, y buscar acaso en lejanas tierras la hospitalidad, el apoyo y protección que le niegan sus desnaturalizados hijos!

¡El podrá salir de Roma, señores; pero aquel día es de luto para todo el orbe católico, que verá á su jefe espiritual errante, sin auxilio de nadie, pero con la conciencia tranquila de no haber querido transigir con la iniquidad y la injusticia de sus implacables enemigos!

¡Pero en cambio, señores, tendrá el consuelo de que los verdaderos católicos, los que por su causa se interesan, jamás le abandonarán, y con profundo respeto filial estaremos siempre á su lado, porque su causa es la de la justicia y la de la verdadera civilización, é identificando nuestra suerte con la suya, diremos siempre y en todas partes, donde nuestra voz sea oída y escuchada, que la causa del Pontificado es la causa de Dios!

Según partes del presidente de la facultad de la Real Cámara elevados al mayordomo mayor de S. M. y trasmitidos por este al presidente del Consejo de ministros, el estado del Sermón Sr. Infante D. Francisco de Asís Leopoldo se había hecho extraordinariamente grave á consecuencia de un derrame seroso cerebral. En estos mismos partes se dice que aun cuando los síntomas del vientre habían cedido, los del sistema nervioso continuaban con la misma importancia; y por último, el marqués de San Gregorio, presidente de dicha facultad de la Real Cámara, participó á las once de la noche de ayer que S. A. continuaba en el mismo estado de gravedad.

El cónsul de España en Marsella, con referencia á carta oficial del gobernador superior civil de las islas Filipinas, participa que á la fecha del 23 de Diciembre último no ocurría novedad en aquel archipiélago.

Dice un periódico:

«El ministro de Marina de Víctor Manuel ha enviado una circular á los comandantes de los departamentos marítimos, relativa á los corsarios chilenos.

Según ella, el Gobierno se mantendrá en la más estricta neutralidad, admitirá en los puertos á los buques españoles y chilenos, y los que entren en ellos con presas deberán llevar anclas en el término de veinte y cuatro horas, prohibiéndoseles vender los objetos capturados.»

El día 10 salió de Badajoz para sus respectivos puestos el resto de la fuerza de la Guardia civil que, con motivo de los últimos acontecimientos, se había reconcentrado en aquella ciudad.

Creemos que muy pronto en otras provincias sucederá lo mismo, procurando así que las carreteras y algunos caminos vecinales estén protegidos cuanto antes por esta fuerza.

Dolorosa muestra del estado de corrupción de costumbres y de la impiedad de algunos hombres es el hecho escandaloso que refiere *Las Noticias* de hoy. Nada edificantes son las escenas del Carnaval, pero no tenemos noticia de que se hubiera tratado jamás de ridiculizar los misterios de nuestra Santa Religión, y los hechos de la vida del Salvador. Esto suponemos que se ha hecho en el día de ayer según el párrafo de *La Correspondencia*.

Hélo aquí:

«Ayer ocurrió en esta corte un hecho por demás singular. Un grupo de máscaras compuesto de un cuadrupedo, con un monigote en brazos, montado sobre un jumento, que conducía del ronzal un digno compañero de ambas acémilas, pretendía representar uno de los principales pasajes de la Historia Sagrada, con mengua de la cultura y proverbiales sentimientos religiosos de la capital de la Monarquía.»

El mismo periódico dice que tal vez no queden sin castigo los profanadores, pero dudamos que recaiga sobre ellos el castigo merecido. Ni puede recaer obrando en justicia, pues quedan impunes mayores profanaciones que en la prensa y otros puntos se cometen.

Dice *La Correspondencia*:

«Ayer ha celebrado una larga conferencia con el señor ministro de Hacienda el Consejo del Banco, con objeto de tratar acerca de algunos medios que puedan ser convenientes para contribuir á la mejor situación del mercado y á asegurar el desahogo del Banco.»

Entre tanto los billetes continúan cambiándose al 4 y aun á 1/2 por 100.

El señor Obispo de la diócesis de Oviedo acaba de dirigir al Clero de la misma una fervorosa exhortación pastoral, recordándole la necesidad de suministrar al pueblo fiel el pan de la divina palabra, principalmente en el santo tiempo de Cuaresma, que á pasos gigantes se aproxima.

Por el ministerio de la Guerra se publica en la Gaceta de hoy una Real orden con varias instituciones para los jefes de día de las plazas, y los capitanes de las guardias de la prevención. El último párrafo de esta Real orden resume todo lo que en ella se contiene y dice así:

«Finalmente, es la voluntad de S. M. que se cumpla exactamente lo prevenido en el art. 8.º, título 17, tratado 2.º de las Ordenanzas del ejército, para que el servicio se haga en paz y en guerra con igual puntualidad y desvelo que al frente del enemigo.»

Por el mismo ministerio se ha dispuesto que quede prohibido á los jefes y oficiales honorarios que tengan goce de uniforme militar sin pertenecer al ejército ni haber alcanzado en él las insignias que están autorizadas á vestir, el uso de estrellas y de divisas en el sombrero, llevando sólo los galones en las mangas ó vueltas de las mismas.»

Y últimamente, S. M. se ha dignado resolver que los jefes y oficiales del cuerpo de sanidad y jurídico militar puedan vestir de paisano fuera de los actos del servicio.

La Nación aconseja al Gobierno que deseché toda idea de blindar buques de guerra y de adquirir monitores, puesto que la experiencia ha demostrado que unas y otras embarcaciones no dan el resultado que de ellas se prometían. El diario progresista se declara partidario del sistema inglés, que es el de construir corbetas de gran marcha armadas con cuatro ó seis piezas de calibre y alcance poderosos, que así pueden combatir en línea como perseguir á barcos de mayores dimensiones y echarlos á pique sin dejarse alcanzar por ellos.

En la diputación provincial de Barcelona se ha presentado una proposición, según la cual aquella corporación subvencionará con treinta mil duros los dos primeros buques de la provincia que se armen en corso y que tengan todas las cualidades de tales.

Se trata además por la Excm. diputación de ofrecer una prima de cinco mil duros á todo buque que contribuya á rescatar una presa hecha por los corsarios chilenos ó que se halle en peligro de serlo.

Según dice *La Corona* de Barcelona, dichas proposiciones se votarían en la sesión del martes.

Dicen de Lisboa con fecha 8 que la marquesa de los Castillejos debía llegar el mismo día á dicha ciudad, y que el general Prim, su esposo, había salido para Elvas con objeto de acompañarla.

El general emigrado y su familia residen en el hotel de Braganza.

Según dicen de Abrantes (Portugal), al llegar la marquesa de los Castillejos encontró allí á su esposo, á los señores Milans y Merelo, que el día anterior habían llegado á aquel punto con el objeto de acompañarla, hallándose también en la estación de Elvas el Sr. Campos.

A los demócratas de acá damos traslado de la siguiente noticia que publica el *Mensajero franco-americano*:

«La pena de muerte que había sido abolida hace algún tiempo en el Estado de Wisconsin (Estados Unidos), va á ser restablecida porque desde su abolición los asesinatos han ido en aumento.»

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, excepto S. A. el Sermón Sr. Infante D. Francisco de Asís Leopoldo, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

En la Iglesia parroquial de San Millán se celebrarán solemnemente cultos durante la Cuaresma del presente año, por la Parroquia, la apostólica y venerable Esclavitud del Santísimo Cristo de las Injurias, cuida á la venerable Archicofradía del Santísimo Crucifijo de Roma y á la Real Archicofradía del Santísimo Cristo de San Pedro y San Andrés de esta corte, la Real Congregación de Guadalupe y la del glorioso Putiarse San José. Todos los días á las seis de la tarde habrá rosario, doctrina y plática por el Párroco, y los viernes habrá *Via-crucis*.

En la novena de Dolores y en las demás festividades predicarán varios oradores distinguidos.

Anteayer y las nueve falleció la madre del Sr. Alonso Martínez.—R. I. P.

Ayer falleció en esta corte el Presbítero Sr. D. Francisco de Paula Pérez y Borrocal, penitenciario de la iglesia de San Francisco el Grande.—R. I. P.

La Real Academia española celebra junta pública el próximo domingo 18 del actual á la una de la tarde en su casa de la calle de Valverde, número 26; para dar cuenta de sus tareas literarias durante el año último. El Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe pronunciará un discurso en nombre de la corporación, y acto continuo recibirán la señora doña Ángela Grassi y el Sr. D. Fernando Fugoso el testimonio de la mención honorífica con que han sido premiadas las novelas de estos autores.

Ayer ha caído en el garlito un estalador que en estos días en que la máscara es tan común, había arrojado la suya para demostrar que era un verdadero caco. Nos referimos á la captura de un sugeto que fué reducido anoche á prisión por el inspector del distrito del Centro, Sr. Villegas, á consecuencia de que después de haber estado repetidas veces al Presbítero D. Evaristo Ciria, obteniendo cantidades que nunca había de volver, le exigió ayer la entrega de 2,000 rs. que debería verificarse en la travesía de Moriana. Puesto de acuerdo el inspector con el Sacerdote, expió el primero el momento en que se hacía la entrega del dinero, que era un cartucho de décimas, y cuando la entrega iba á verificarse, se presentó el mencionado inspector y se hizo cargo del inocente caco, llevándole acto continuo á la cárcel.

Ayer ha sido descubierta por un sereno de los que vigilan el alcantarillado de Madrid un escallo hecho en dicho alcantarillado que daba salida á una cueva inmediata á la joyería que existe en la calle del Carmen, inmediata á la de Tetuan.

Esta joyería se hallaba cerrada desde hace tiempo en virtud de una reclamación del juzgado del Sema de París, y á consecuencia de la cual habían sido detenidos los que aparecían dueños del establecimiento.

Habiéndose constituido el juzgado de guardia en el local se han encontrado fracturados los escaparates y cajas, suponiéndose que se ha hecho un robo de gran consideración, pero sin que pueda fijarse hasta ahora á cuanto ascienda.

Se practican las más esquisitas diligencias para aprehender á los autores de este robo, y no dudamos que pronto caerán en manos de la justicia.

Paréceme que la comisión del Congreso que ha ido á Sevilla con objeto de asistir al alumbramiento de S. A. la Infanta doña María Luisa Fernanda, ha llevado el encargo de ver el estado en que se halla la fabricación de los leones de bronce que han de colocarse en el pórtico del edificio de la Cámara, y contribuir si es necesario á la más pronta terminación de los mismos.

Dicen de Valencia que la Guardia civil se presentó en Algeciras, y en una casa sospechosa encontró á un forastero con todos los útiles del oficio, como barrenas, escoplos, cerilla, un cirio, una funda de revolver, una pistola de dos cañones, etc. Al dueño de la casa se le prendió en el campo, ocupándose una carabina. En otro sitio fueron capturados otros dos forasteros, muy bien armados. Uno es de Alcair, otro de Albuera y otro de Balbaitre. Todos los cuatro fueron conducidos á la cárcel de Algeciras, donde se les tomó declaración. Después fué detenido en Algeciras un vecino de dicha villa, y corrió en ella la voz de que á la otra parte del Júcar, en la casa de campo llamada de Moncada, habían sido aprehendidos cinco ladrones más.

Según el *Ampurdanés*, es tal la sequía que se deja sentir en el Ampurdan, que muchos sembrados presentan un aspecto deplorable, varios molinos carecen de agua, y los jornaleros dedicados exclusivamente á los trabajos rurales atraviesan una sensible crisis, después de la reciente cosecha de las aceitunas que les privó de un sinnúmero de jornales por el estéril, de modo que la crisis se va haciendo intensa, con gran perjuicio de la agricultura, que es la riqueza de aquel país.

El domingo último se verificó en Sevilla la prueba del carro con las nuevas ruedas inventadas por D. Tomás de Pablo y Toranzo.

El invento consiste en sustituir las antiguas yantas por otras de hierro, formadas cada una de ellas por dos aros separados entre sí por topes del mismo metal.

La superficie curva se halla cubierta de platos de planchas circulares también de hierro y giratorias sobre un eje colocado en el espacio que divide los aros y revestido de un muelle espiral en virtud de que las planchas solo tocan á la yanta cuando esta, y por consiguiente el carro, en virtud del movimiento de rotación, gravitan sobre ellas.

Los platos de esta manera dispuestos hacen el oficio de una yanta de gran espesor, con la ventaja de que, ofreciendo siempre una base firme, el vehículo gira sobre ella fácilmente, la marcha es más segura, y se evitan en la mayor parte de los casos las violentas sacudidas, tan frecuentes en nuestros mal parados caminos.

El ensayo se hizo con un carro cargado con 75 á 80 quintales de hierro, subiendo y bajando pendientes rápidas.

Conocidos son los adelantos hechos en la navegación por medio del vapor; pero la imitación de la forma de los buques de vela ha sido demasiado servil para que pudiera sacarse todo el partido posible del nuevo y poderoso agente aplicado al movimiento. Mr. Planavergue, inventor de la hidrocomotiva ó carro marítimo, cree que estamos aún en la infancia del arte con nuestros buques grandes y chicos. El buque es para este sábio lo que es para nosotros el trineo. Se han suprimido las ruedas á este para hacer el carruaje, y Mr. Planavergue reclama una transformación semejante en los buques.

«Para qué, dice con razón, perder tanta fuerza y darse tanto trabajo, no para avanzar, sino para tener el gusto de apartar las aguas y formar en ellas un surco inútil? Rodad sobre la superficie del agua, y la resistencia á la marcha resultará tan débil que podréis alcanzar velocidades considerables con fuerzas motrices relativamente pequeñas.»

El carro marítimo no es más que un carruaje sostenido encima del agua por cuatro grandes cilindros flotantes. Estos corren en las ruedas de los otros vehículos y apenas entran en el líquido. Una máquina de vapor hace girar los cilindros de atrás; en cuanto á los de adelante, son independientes y libres sobre sus ejes. Este carro es triangular por el frente, para cortar el aire y disminuir la resistencia del viento.

Cada cilindro es hueco, y alrededor llevan paletas en entradas en los grandes círculos que forman el cilindro. Cuando los cilindros giran en el agua, cada paleta aprisiona cierta cantidad de agua, que contribuye á separar constantemente el cilindro de la superficie líquida. Realmente, pues, el cilindro se apoya sobre un cogín de aire que tiende á levantarse siempre sobre el agua con tanta más energía cuanto más comprimido se halla. Pero como el aire se hallará tanto más comprimido cuanto las paletas rechacen el agua con mayor fuerza, resulta que cuanto mayor sea la velocidad dada por la máquina, más se levantará el carro y menor resistencia le opondrá el líquido.

Esto es justamente lo contrario de lo que sucede

en lo buque actual, donde el agua opone una enorme resistencia á velocidades moderadas, con gasto considerable de trabajo mecánico.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Valentín, Papa, y el Beato Juan Bautista de la Concepción.

SANTOS DE MAÑANA. Santos Faustino y Jovita, hermanos, mártires.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de las Escuelas pías de San Fernando, donde por la mañana habrá Misa mayor y por la tarde procesion de reserva.

En las Comendadoras de Santiago darán principio por la tarde, á las tres y media, los *Misereres* al Santísimo Cristo de la Agonía, y predicará hoy D. Juan García Pérez.

En la iglesia de monjas del Caballero de Gracia se celebrará el culto mensual á la Virgen del Ovido, y predicará en la Misa mayor D. Miguel Navas.

En la bóveda de San Ginés predicará por la noche D. Ciríaco Cruz.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora del Tránsito en San Cayetano ó en el Carmen Calzado, ó la de la Asunción en San Justo.

Se reza de San Marcelo, con rito semi-doble y color encarnado, haciéndose conmemoración de la Feria.

MERCADO DE MADRID.

ENTRADA POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.

6424 arrobas de trigo.
1506 arrobas de harina de idem.
8465 arrobas de carbon.
408 vacas que componen 45975 libras de peso.
355 carneros que hacen 7779 libras de peso.
130 cerdos degollados que hacen libras de peso 71634.

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.

	Reales vellon arroba.	Cuarto libra.
Cerdo de vaca...	49 á 52	26 á 36
Id. de certero...	» á 28	26 á 36
Id. de cordero...	» á 30	» á 30
Id. de ternera...	90 á 98	50 á 60
Despojos de cerdo...	» á 30	» á 30
Tocino ahumado...	90 á 94	30 á 28
Id. fresco...	» á 30	» á 30
Id. en canal de cerdo...	62 á 66	» á 30
Lomo...	» á 30	45 á 50
Jamon...	124 á 134	54 á 60
Acete...	66 á 69	18 á 20
Vino...	40 á 44	12 á 14
Pan de dos libras...	» á 30	12 á 14
Garbanzos...	44 á 84	19 á 20
Judías...	26 á 34	14 á 13
Arroz...	30 á 38	11 á 12
Lentejas...	49 á 23	8 á 16
Carbon...	7 á 8	» á 30
Jahon...	65 á 68	21 á 28
Patatas...	5 á 6	2 á 6

PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo...	de » á 42 Rs. vn.
Cebada...	de 23 á 25 id.
Algarroba...	de » á 22 id.

FONDOS PUBLICOS.

CAMBIO AL CONTADO.

Publicando. No publicando.

Títulos del 3 p.º consolidado...	37-20, 37-60	»
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p.º il.	»	»
Títulos del 3 p.º il.º de inscripciones en el Gran Libro...	34-80	»
Material del Tesoro preterente con interés...	»	»
Idem sin interés...	»	»
Participes legos convertibles á 3 p.º...	»	»
Idem del 4 y 5 por 100...	»	»
Deuda amortizable de primera clase...	»	»
Idem amortizable de segunda idem...	»	»
Deuda del personal...	18-30	p
Billetes hipotecarios del Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de interés anual...	88-75	»

ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3 p.º ANUAL

Emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4 4000 rs.	»	83-00
Idem de 4 2000 rs. ...	»	83-00
Idem de 1.º de Junio de 1851, de 4 2000 rs.	»	81-50 d
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs.	»	80-00
Idem de 9 de Marzo de 1853, procedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs.	»	»
Idem de 1.º de Julio de 1856 de 4 2000 rs. ...	»	»
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1858...	»	80-00
Del Canal de Isabel II, de 1000 rs. 8 0/10 anual Obligaciones del Estado para subvenciones de ferrocarriles...	70-90	»
Acciones del Banco de España...	»	118-00 p

ULTIMA HORA.

La sesion del Congreso se abrió á las dos en punto, y leida el acta fué aprobada.

El Congreso quedó enterado de que esta mañana, entre cinco y seis, había fallecido el Infante recién nacido D. Francisco de Asís Leopoldo, y acordó que había o